JOSE MARIA GARCIA

La aldea de San Lorenzo

MELODRAMA

en tres actos y un prólogo

ARREGLADO DEL FRANCÉS

con acompañamiento de música por

JUAN MOLLBERG

SEXTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

LA ALDEA DE SAN LORENZO

LA ALDEA DE SAN LORENZO

MELODRAMA

en tres actos y un prólogo

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

JOSE MARIA GARCIA

con acompañamiento de música por

JUAN MOLLBERG

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO DE VARIEDADES de Madrid, la noche del 21 de Diciembre de 1860

SEXTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOFÍA	Srta. D.ª	María Rodríguez.
GENOVEVA		Rosa Tenorio.
CATALINA		Laura García.
ISABEL		Enriqueta Tirado.
CRIADA		Dolores Morari.
SIMÓN	Sr. D.	Joaquín Arjona.
LUCIANO		Victorino Tamayo.
FROCHARD		José María García.
SILVESTRE		José Córcoles.
ROQUEBERT		Juan Benetti.
PICARD		Infante.
PIGOCHE		Martínez.
GERMONT		Maré.
OFICIAL		García.
AYUDANTE		Díez.
SOLDADO		Garralón.
ALDEANO		González.

Soldados franceses, austriacos, aldeanos de ambos sexos. Coro, etc., etc.

Este drama no debe representarse sin la música con que se ha estrenado en Madrid, y las empresas que lo ejecuten sin ella satisfarán además de los derechos pertenecientes al drama, los que corresponden á la música, que son los de una comedia en un acto.

PRÓLOGO

Campamento cerca de Ulma. A la izquierda, en el primer término, la tienda del general Roquebert. Una mesa con tapete y recado de escribir. Una lámpara pequeña, encendida. A la derecha, en el fondo, fusiles en pabellones.

Introducción de música

ESCENA PRIMERA

ROQUEBERT en la tienda: aparece sentado junto á la mesa y leyendo un pliego. De pie, y á cierta distancia del general, el AYUDANTE de campo. Un centinela se pasea por delante de la tienda. A la derecha, en segundo término, PIGOCHE comiendo en compañía de varios camaradas alrededor de una olla de campaña. Otro grupo de SOLDADOS prepara el rancho. Después FROCHARD

Roq. (Leyendo para sí.) «Si os ataca el enemigo, como espero, os batiréis en retirada: volveréis pocos al cuartel general; pero los que lleguen, habrán proporcionado al ejército una gran victoria.» (Hablando para sí.) ¡Batirme en retirada! Qué diantre, alguno había de servir de cebo y me ha tocado á mí. (Alto al Ayudante.) Podéis retiraros. (El Ayudante se aleja.)

Pig. (A un compañero y con la boca llena.) Oyes tú, Zampatortas, ponte á retaguardia y espera tu vez, que no es paso de ataque.

SOLD. Yo trago de prisa.

FROCH. (Al centinela, viniendo del foro.) ¿El general Roquebert?

ROQ. (Levantándose) Adelante. ¡Ah! ¿eres tú?

FROCH Sí, querido tío: vengo á despedirme de vos.

ROQ. ¿Dónde vas?

FROCH. Á Munich. Voy á renovar provisiones.

ROQ. Necesitas un salvo conducto del general en jefe para atravesar los puestos avanzados.

FROCH. Le tengo.

ROQ. ¡Cuidado no vayas á caer en manos de algún destacamento enemigo!

FROCH. ¡Conozco el país! Además, yo soy un simple particular que viaja... por gusto ..

ROQ. Sí: á costa del proveedor del ejército.

FROCH. (Con misterio.) Llevo un pasaporte austriaco...

ROQ. ¡Ya!

FROCH. Y venga lo que viniere. No hay oficio sin quiebras. Después de todo, el mío tiene menos quiebras que el vuestro.

ROQ. ¡Tu oficio! ¡Bonita profesión!

FROCH. ¡Phs! En haciendo dinero...

ROQ. Con la espada he conquistado yo riquezas y gloria.

FROCH. En cambio os encontrais acampado á cuatro leguas del cuartel general con mil quinientos hombres, la mitad de vuestra brigada, y expuesto á tener que resistir la embestida de quince á veinte mil austriacos.

ROQ. No importa. Cumplo las órdenes del emperador. (Se sienta, toma el pliego que dejó sobre la mesa, lo guarda y dice aparte.) «¡Os batiréis en retirada!...» ¡Qué lástima!

PIG. (A la derecha.) ¡Calle! ¿Qué es esto que he pescado con la cuchara?

SOLD. ¿Algún embutido?

PIG. Cabal: un cartucho. (Al soldado.) ¡Voto al diablo!... Toma tú, que tienes tan buen tragadero...

SOLDS. ¡Ja, ja!

FROCH. Si yo fuera que vos retrocedería media legua, á fin de guarecerme en el pueblo de Ulma.

ROQ. ¿Qué entiendes tú de esas cosas?

FROCH. Cuando se tiene poca fuerza, es más fácil defenderse detrás de las tapias que no en campo abierto.

ROQ. Basta.

FROCH. Perdonad; pero me interesa bastante vuestra vida para mirar con indiferencia...

ROQ. Mi vida, no tengas cuidado, necesito vivir y viviré. Desde que salí de San Lorenzo, mi patria, no he hecho otra cosa que batirme y ganar grados. El emperador me dió unas tierras situadas cerca de nuestro pueblo, y que no he podido ver todavía.

FROCH. Las conozco. Valen más de doscientos mil francos.

ROQ. Sería yo tan dichoso si lograra acabar mis años en aquel hermosísimo valle, al pie de nuestra antigua abadía, y rodeado de mi esposa y mis hijos.

FROCH. ¡Diablo! ¿vuestra esposa y vuestros hijos? San Lorenzo, la abadía y el valle... allí están... os espera; pero lo demás que decís...

ROQ. (Con embarazo.) Lo demás... lo demás... se busca, y hasta se suele encontrar sin buscarlo.

FROCH. Es verdad. (Para sí.) (Y yo que pensaba heredarle...) (Alto.) Decíais...

ROQ. Nada. ¿Conque te marchas tan pronto?

FROCH. Cuando esté el carruaje dispuesto. Los furgones van delante de mí.

ROQ. ¿En descubierto?

FROCH. Justo.

ROQ. No te hacía yo tan extratégico.

FROCH. El instinto de conservación. Yo también tengo necesidad de vivir... aunque no poseo tierras, ni esposa, ni hijos.

ROQ. (Tendiéndole la mano.) Feliz viaje.

FROCH. Volveré antes de partir para que me deis un abrazo.

ESCENA II

DICHOS y el AYUDANTE

ROQ. (Al Ayudante.) ¿Qué ocurre?
AYUD. Los centinelas avanzados han detenido una silla de posta, y una señora que en ella viaja solicita hablaros.
ROQ. ¿A mí?
AYUD. Ahí espera, y si lo permitís...
ROQ. Bien está; que venga. (El Ayudante se dirige hacia la izquierda del foro.)
FROCH. (Despidiéndose.) Hasta luego. (Aparte, alejándose.) (Desea casarse... Me alegro de que no quiera fortificarse en la aldea.) (Vase por la derecha. Por la parte opuesta aparece una dama cubierta con un velo. El Ayudante la conduce á la tienda y se retira por la izquierda á una señal de Roquebert. Música, que anuncia la salida de Sofía.)

ESCENA III

SOFÍA, ROQUEBERT, PIGOCHE y SOLDADOS

SOFÍA (Observando alrededor de sí, y levantándose el velo.) ¡Gastón!
ROQ. ¡Sofía!... ¿Tú aquí? (La introduce vivamente en la tienda.) ¿Y Isabel, mi hija? ¿Dónde está nuestra hija?
SOFÍA La traigo conmigo.
ROQ. ¿Pero qué ha sucedido? ¿Por qué has abandonado á Stuttgard?
SOFÍA Cuando supo mi padre que el Mariscal Ney se había apoderado de aquella población, me escribió ordenándome que me pusiese inmediatamente en camino y que me reuniese con él en Munich. Fué preciso obedecer y allá voy.
ROQ. ¿Con nuestra hija?...
SOFÍA ¿Con ella? ¡Imposible!
ROQ. Entonces, ¿cuál es tu propósito?

SOFÍA ¡He formado tantos proyectos! Una madre no se resigna tan fácilmente á separarse de su hija. Mas para conservarla á mi lado, tendría que revelar á mi padre.

ROQ. ¿Nuestro casamiento?

SOFÍA Y me falta valor.

ROQ. ¿Le tienes, sin embargo, para vivir expuesta á que te crean deshonrada?

SOFÍA ¡Gastón!... ¡Bien sabes que la noticia de nuestro secreto enlace, mataría á mi padre, debilitado por los años y los padecimientos. Odia á los franceses, idolatra sus títulos de rancia nobleza y nunca hubiera consentido en casar á su hija...

ROQ. ¿Con un soldado de fortuna? No temas decirlo: yo me glorío de mi origen y respeto sus preocupaciones. Por ese respeto y por tu amor, hago el sacrificio de callar que eres mía, teniendo hasta que ocultar mi gozo cuando te vèo, cuando abrazo á mi hija...

SOFÍA ¡Gracias, gracias! Yo también sufro mucho.

ROQ. Pero esto no puede seguir así. Pronto terminará la campaña y entonces. .

SOFÍA Espero que antes que llegue ese día, Dios me habrá inspirado algún medio de vencer la resistencia de mi padre.

ROQ. ¿Y mi hija entre tanto?

SOFÍA ¡Mi Isabel!... No sé qué partido tomar.

ROQ. (Con resolución.) Yo velaré por ella.

SOFÍA ¿Tú?

ROQ. (Para sí.) Sí, sí; es lo mejor. (A Sofía.) Tengo un proyecto. Fíala á mi cuidado.

ESCENA IV

DICHOS; el AYUDANTE de campo, seguido de PICARD, que lleva uniforme de cazador, guías de la guardia

OFICIAL (Entrando en la tienda y presentando un despacho á Roquebert.) ¡Mi general! (Se retira al fondo de la tienda.)

SOFÍA ¿Una orden? (Se cubre con su velo.)

ROQ. ¿Qué temes?

SOFÍA ¡No sé, pero tiemblo! ¡Si por algún accidente tuvieses que separarte de nuestra hija!...

ROQ. Tranquilízate: cuento con el hombre más honrado y más fiel de la tierra. ¿Te acuerdas de aquel soldado que me acompañaba en Stuttgard?

SOFÍA ¿Simón?

ROQ. Simón, para quien su general ha sido siempre el amigo de la niñez. Juntos abandonamos nuestra aldea con el saco á la espalda; á mi lado disparó el primer tiro, y daría su vida por mí, como la dará por nuestra hija cuando la conozca.

SOFÍA Voy por ella y luego seguiré mi camino.

ROQ. ¡Tan pronto!... Espera. (Recapacitando.) En el estado en que se encuentra el país, no es prudente que viajes así, sin amparo ninguno... (Viendo venir á Frochard.) ¡Ah! ¡Qué feliz coyuntura... (Sofía se cubre con el velo.)

ESCENA V

DICHOS y FROCHARD

FROCH. Ya está todo corriente

ROQ. No podías llegar en mejor ocasión.

FROCH. ¿Tenéis algo que mandarme?

ROQ Vas á prestarme el más señalado servicio.

FROCH. Hablad.

ROQ. Esta señora se dirige á Munich, (Frochard la saluda.) en una silla de postas, y es preciso que tu carruaje acompañe al suyo hasta dejarla en la ciudad, sin que nadie, ni tú mismo llegue á ver su rostro.

FROCH. (Aparte, con disgusto.) (¡Vaya una comisión!)

ROQ. Tú eres precavido, conoces el terreno...

FROCH. Descuidad: yo conduciré y dejaré á esta señora en su casa. (Aparte.) (Me fastidia viajar con mujeres.)

ROQ. (A Frochard, estrechando su mano.) En tí confío.

FROCH. (Aparte.) (Mucho se interesa por ella.)

ROQ. (Aparte á Sofía.) (Ahora, mi hija.)

SOFÍA Voy en su busca.

ROQ. (A Frochard, por Sofía.) Estás á sus órdenes. (Aparte á Sofía.) Aquí espero á mi hija. No tardes.

FROCH. (Aparte.) (¿Quién será esta mujer?) (Vase con Sofía por la izquierda.)

ESCENA VI

ROQUEBERT, el AYUDANTE de campo, PICARD, SOLDADOS

ROQ. (Abre el pliego.) ¡Del emperador! (Lee.) «Acabo de llegar á este pueblo y quiero hablaros antes de volverme al cuartel general. Venid al instante » (Declamando.) ¡Está en Ulma!... No puedo detenerme... (Se sale fuera de la tienda y se detiene de repente.) ¿Y mi hija? (A un soldado.) El cabo Simón, que venga inmediatamente. (A otro soldado.) Mi caballo. (A los otros soldados.) ¿No he dicho que llamen al cabo Simón? ¿Dónde está? ¡Pronto, pronto! (Música que anuncie la salida de Simón.)

ESCENA VII

DICHOS y SIMÓN

SIMÓN (Saludando militarmente.) Presente, mi General. (Se adelanta á una seña de Roquebert.)

ROQ. (Llevándole á un lado.) Voy á partir, pero vuelvo al momento. Vendrán á buscarme; que esperen aquí. Tú no te separarás de este sitio por nada del mundo.

SIMÓN Corriente, mi General.

ROQ. (Al Ayudante.) Seguidme.

ESCENA VIII

Los MISMOS menos ROQUEBERT y el AYUDANTE de campo

SIMÓN Anda: ya estoy yo de centinela también. (Enciende su pipa.)

PIG. Ya era hora de que os dieran un ascenso, mi cabo.

SIMÓN ¡Phs! Si le dieran á cada uno lo que le corresponde, hace tiempo que tendrías tú una albarda.

SOLDS. ¡Ja, ja!...

SIMÓN (A Picard.) Cazador, ¿cómo es que no te vuelves al cuartel general?

PICARD ¡Imposible! Mi caballo tronó á la entrada del campamento, y gracias que pude llegar hasta aquí.

SIMÓN Ahí tienes lo que es depender de un cuadrúpedo.

PIG (Comiendo y con malicia.) Es verdad.

SIMÓN (A Pigoche.) Mostrenco: estás traga que traga y no se te ocurre ofrecer al cazador un bocado.

PICARD Prefiero beber.

PIG. (Presentando una calabaza á Picard.) Aquí hay vino.

PICARD ¡Hola! No creía yo que se pasaba tan bien por aquí.

SIMÓN ¿Que lo pasamos bien? Por vida... Quince días sin alojamiento y sin disparar un fusil.

PICARD ¡Bah! Cuando menos se piensa...

SIMÓN Así fuera hoy, bailaríamos siquiera, como dice la copla.

PICARD ¿Qué copla?

PIG. Una que ha puesto el tambor mayor... ¡Y la canta mi cabo, que ya!

SIMÓN (A Pigoche.) No me adules.

PICARD (A Simón.) Venga esa coplita.

PIG. Vamos. (A un soldado.) ¡El tambor, Chignassou!

SIMÓN (A Chignassou.) Dame el tono, muchacho. (Canta con acompañamiento de tambor y le hacen coro los soldados.)

CORO ¡Vviva la guerra,
viva el amor,
y viva la bandera
de mi batallón!

COPLA 1.ª

Cuando silban las balas
del enemigo,
baila mi regimiento
de regocijo.
Cuando se acaba
la diversión,
tras de las niñas
corre veloz.

CORO Viva la guerra, etc.

COPLA 2.ª

Si la patrona es joven,
alto y descansen;
si además es bonita,
paso de ataque.
Si es una vieja...
(¡líbrenos Dios!)
cambio de frente,
sin dilación.

CORO Viva la guerra, etc.

PIG. A mí sí que me gustan las muchachas bonitas.

SIMÓN Conque te gusten y no te hagan caso...

PIG. ¿Que no me hacen caso? Yo soy soltero y no tengo que agazaparme, como vos, por tenerla...

PICARD (A Simón.) ¿Hay costilla?

PIG. ¡Nuestra cantinera: la mujer más celosa!...

SIMÓN Me quiere... conoce mi flaco... tiene un geniecillo algo duro y... Pero es muy honrada y una madre excelente.

PICARD ¿Tenéis muchos hijos?

SIMÓN Uno de trece años que vive en San Lorenzo con su abuela, y que no he visto hace mucho tiempo. Después de haber entrado en campaña, tuve también una niña que por ahora cumpliría seis años. (Se enjuga las lágrimas,)

PICARD ¿Pues qué, murió?

SIMÓN Enfermó el ángel mío, y en una contramarcha que hicimos...

PICARD Vaya, vaya: dejad esa historia.

SIMÓN Dices bien... ya no tiene remedio...

PICARD Hablemos del chico.

SIMÓN ¡Mi Luciano!...

PIG. ¿Es verdad que os ha escrito una carta toda de su puño?

PICARD ¿Ya escribe?

SIMÓN ¡Toma, toma! ¡Y qué letra! Parece mentira que un chico tan pequeño sepa hacer unas letras tan grandes.

PIG. ¿Y qué dice? ¿Qué dice?

SIMÓN ¡Qué sé yo!

PIG. ¿No la habéis leído?

SIMÓN ¡Tonto! Si supiera leer, ya sería yo mariscal del imperio. No conozco una letra, y me pesa bastante. Pero qué diablos, para aprender se necesitan estudios, y yo no he tenido tiempo para disponer de mi persona jamás... con el servicio... (Acariciándose el bigote con fatuidad.) y otras ocupaciones que le caen á uno como llovidas del cielo.

PICARD ¿Otras ocupaciones?

SIMÓN (Con afectada modestia.) ¡Como las mujeres son tan caprichosas!

PICARD Comprendo. (Aparece Catalina en el foro.)

PIG. (Aparte, viéndola.) (¡Su mujer!) (Bajo á los compañeros.) (¡Chist!...) (Alto.) ¡Tiene el cabo una suerte! (Hace señas á Catalina para que calle y se aproxime.)

ESCENA IX

DICHOS y CATALINA

PICARD ¿De veras?

PIG. Todas las aldeanas se pirran por él.

SIMÓN (Dándose importancia.) No era aldeana por cierto una que... conocí yo en Stuttgard.

PICARD ¿No, eh? (Los soldados rodean á Simón. Pigoche los aparta para que se aproxime Catalina, y ésta se coloca de manera que no la vea su marido.)

SIMÓN ¡Buen lance!

PIG. ¡Cuando yo digo!

SIMÓN Un día, estando de formación por más señas, vi venir á lo lejos una dama ricamente vestida. ¡Qué cintura! ¡Qué garbo! La individua no apartaba los ojos de mí... ¡Verdad que yo entonces me podía presentar delante de cualquiera mujer! Pues, señor, doy dos pasos al frente para servir de guía; pero en vez de alinearme con el compañero, me enfilé con mi hembra, y oigo que me dice en voz baja: «En tal parte vivo, y os espero esta noche.»

PICARD ¡Caramba!

CAT. (Aparte y procurando contenerse.) (¡Ah, perro!)

SIMÓN Pedí licencia á mi coronel, y cuando llegó la hora me fuí derechito á la casa; ¡un palacio magnífico! Me condujeron á la presencia de la gran señora, que me dió una cena exquisita, y después... (Pausa.)

CAT. (Que se ha acercado lentamente, le dice con aparente calma y poniéndole la mano sobre el hombro.) ¿Y después?

SIMÓN (Aparte.) (¡Catalina! ¡Mil bombas!)

CAT. ¿Por qué no prosigues?

SIMÓN ¡Yo!...

CAT. (Dándole una bofetada.) ¡Toma!

SIMÓN ¡Canastos!

TODOS ¡Ja, ja! (Redoble de tambor.)

PIG. A formar, camaradas. (Los soldados toman los fusiles y se agrupan en el fondo. Picard se retira.)

CAT. Eres un libertino.

SIMÓN ¿Pero, mujer, no conoces que todo eso es grilla?

CAT Ya sé yo quien tú eres, pero estoy al cuidado, y como te pille en el garlito... ya verás... ya verás... (Vase.)

ESCENA X

SOFÍA, cubierta con el velo; SIMÓN, PIGOCHE, SOLDADOS, luego ISABEL conducida por una Criada

SIMÓN (Intentando detenerla.) ¡Catalina!... Se fué. Vaya con Dios. Poco me importa su cuidado: seguro estoy de que venga á buscarme ninguna princesa alemana. (Música que anuncia la salida de Isabel.)

SOFÍA (A Pigoche.) ¿El general Roquebert?

PIG. Ha partido, señora.

SOFÍA ¡No está! ¿Y el cabo Simón?

PIG. Aquel es.

SOFÍA ¿Sabéis si le habló el general?

PIG Le habló antes de montar á caballo.

SOFÍA Gracias. (Vase Pigoche y á uua seña de Sofía aparecen por el foro Isabel y la Criada.)

SIMÓN (Para sí.) (¡Cáspita!) Cuando así se altera por una mentirilla inocente, qué sería si ..

SOFÍA (Acercándose.) ¿Sois el cabo Simón?

SIMÓN (Sofía se descubre.) A la orden.

SOFÍA Sí, sí; vuestras facciones no se han borrado de mi memoria.

SIMÓN ¿Mis facciones?

SOFÍA Hace un año: en Stuttgard.

SIMÓN (Asombrado.) ¡¡Eh!!

SOFÍA ¿Ya sabréis?...

SIMÓN ¿Yo?

SOFÍA (Interrumpiéndole.) Ni una palabra. Este secreto debe quedar entre nosotros.

SIMÓN ¿Conque debe quedar?...

SOFÍA ¡Cuidado!

SIMÓN ¡Oh! Lo que es por mí, os juro que no sabrá nadie ni esto. (Llevando á los dientes el dedo pulgar de la mano derecha.)

SOFÍA (Con misterio.) Os traigo á nuestra hija.

SIMÓN (Asustado.)¡ Cómo!... ¡nuestra!... (Aparte.) (¡Zambomba!)

SOFÍA (Tomando á Isabel de los brazos de la criada y presentándosela á Simón.) Aquí está.

SIMÓN (Restregándose los ojos.) En efecto; aquí está.

SOFÍA (Arrodillándose para acariciar á Isabel.) Adiós, hija mía.

ISAB. ¿Te vas?

SOFÍA Vuelvo pronto. (Se incorpora.)

ISAB Yo me quiero ir contigo.

SOFÍA No, no; tú te quedas con este señor, que es muy bueno y te querrá mucho.

SIMÓN (Aparte.) (¡Conmigo!... ¡Demonio! ¡Me convierte en niñera!) (Sale Frochard. Sofía se echa el velo al ver que llega.)

ESCENA XI

FROCHARD, algunos OFICIALES y DICHOS

FROCH. (A Sofía.) Señora, no conviene que nos detengamos aquí por más tiempo.

SOFÍA (Aparte.) (¡Dios mío!) (Alto á Frochard.) Soy con vos al instante. (Frochard se retira hacia el foro, habla con los Oficiales y vuelve á su tiempo.)

SIMÓN (Aparte) (¿Estaré yo borracho?)

SOFÍA (Volviendo á acariciar á su hija.) ¡Adiós! Un beso. (A Simón, estrechando su mano.) ¿Será este el último que doy á mi hija?

SIMÓN (Enternecido.) Señora... (Aparte.) (¡Pobre mujer!)

ISAB. ¿Por qué lloras, mamá?

SOFÍA No lloro, al contrario... (Aparte á Simón.) La querréis mucho, ¿no es verdad? ¿Me jurais defenderla, protegerla si fuera preciso?... ¡Oh, sí! Estoy segura de ello, porque veo que comprendeis el dolor de una madre y llorais lo mismo que yo.

SIMÓN (Aparte, enjugándose los ojos.) ¡Por vida del...

FROCH. (A Sofía.) Cuando gusteis. (Sofía se inclina involuntariamente hacia su hija como para volver á abrazarla, pero se detiene.)

SOFÍA (A Frochard.) Ya os sigo. (A Simón.) ¡Adiós! (Dirige una mirada á Isabel y vase con Frochard; la Criada le sigue. Los soldados forman en último término, descansando en su lugar.)

ESCENA XII

ISABEL, SIMÓN, OFICIALES y SOLDADOS

SIMÓN ¡Se marcha y me deja la chica!... ¡Señora!... ¡Señora!

ISAB. ¡Papá!

SIMÓN (Deteniéndose bruscamente.) ¿Qué dice?

ISAB. No quiero que te vayas, papá.

SIMÓN ¿Otra vez? ¿Quién te ha dicho que yo soy tu papá?

ISAB. Mamá me lo ha dicho al venir, y que mi papá era muy guapo; pero tú eres muy feo.

SIMÓN ¿Yo feo? Para las chicas, puede ser, pero lo que es para las grandes... ¿Y qué hago yo ahora con esta criatura? (Intentando salir.) Señora.. señora.

ISAB. (Cogiéndole por los faldonos.) No te vayas.

SIMÓN Muchacha, que me vas á romper los faldones, y son del Estado.

ISAB. (Sin soltar.) ¡Mejor!

SIMÓN No me iré, no me iré. (Sentándose y acariciándola.) Y la chica es preciosa... (Mirándola conmovido.) Tendrá la misma edad que tendría mi...

ISAB. ¡Ahupa!

SIMÓN (Sentándola sobre el muslo.) ¿También eso? Pues toma. (Le da un beso.)

ISAB. ¡Ay, cómo pinchan los bigotes!

SIMÓN A las chicas, pero lo que es á las grandes...

ISAB. (Tirándole de los bigotes.) Te los voy á arrancar.

SIMÓN Tira, si te divierte, los bigotes no son del Gobierno.

CAT. (Dentro.) ¿Dónde está?

SIMÓN ¡Jesucristo! Ahora es ella. (Se levanta, procurando tapar con su cuerpo la chica.)

ESCENA XIII

DICHOS y CATALINA

CAT. ¿Conque todo era farsa? ¿Quién es esa dama que acaba de subir en un coche, que preguntó por ti, que ha estado charlando contigo?

SIMÓN ¿Esa dama?...

CAT. ¡Pronto! ¿A qué ha venido esa mujer? ¿De qué habéis tratado?

SIMÓN De... asuntos del servicio.

CAT. ¡Simón!

SIMÓN Pero mujer, ten prudencia, ten calma...

CAT. ¡Calma, calma! ¿La tienes tú acaso? ¿Por qué te turbas? (Amenazándole.) ¡Responde, ó si no!...

ISAB. (Asustada y volviéndose á agarrar de Simón.) ¡Ay, papá!

CAT. ¡Una niña! ¡Y le llama su padre! ¡Traidor!

ESCENA XIV

DICHOS, ROQUEBERT y el AYUDANTE

ROQ. (Entrando en la tienda.) ¿Y la niña? ¡Ah! Aquí está. (La toma en sus brazos y la besa.)

SIMÓN ¿La niña?

CAT ¿La niña? (Aparte á Simón.) Pero, ¿qué significa?

SIMÓN Es un secreto que debe quedar entre... y que no puedo revelar á nadie.

ROQ. (A Catalina, que se va.) Déjanos. (Acariciándola.) ¡Hija mía!

ISAB. ¿Eres tú también mi papá?

ROQ. Sí, tu padre que te ama, tu padre que te adora.

ISAB. ¡Qué bonito sombrero! (Jugando con el sombrero.)

ROQ. (A Simón.) ¿Supongo que estarás enterado?...

SIMÓN De nada, mi general.

ROQ. Es mi hija. (Deteniéndose como inspirado de un nuevo pensamiento.) No, es nuestra hija, Simón. (Tendiéndole la mano.) ¿Quieres considerarla desde hoy como tuya también?

SIMÓN ¡Que si quiero!... ¿Y me haceis semejante pregunta?

ROQ. (Sentándose.) Oye: Dios te ha privado de una hija. (Simón se lleva las manos á los ojos.) Que nació y murió en medio de los combates y que tendría ahora la edad de esta niña. Pues bien, desde este momento mi Isabel se llamará Genoveva, y será para todo el mundo la hija de Simón y de Catalina, hasta el día en que yo pueda llamar públicamente esposa á su madre.

SIMÓN Corriente.

ROQ. Mañana pediré al emperador tu licencia absoluta, y os volvereis á San Lorenzo con mi .. con Genoveva, la hermana de vuestro hijo Luciano.

SIMÓN Está bien.

ROQ. ¿Conservas la partida de defunción de tu hija?

SIMÓN Aquí, sobre mi corazón... (Saca una cartera del pecho.) con la carta de mi hijo Luciano.

ROQ. Dame. (Tomando el papel que le entrega Simón.) Voy á remitir este documento con el acta de mi matrimonio, la fe de bautismo de mi hija y mi disposieión testamentaria al señor Germond, notario de San Lorenzo.

SIMÓN ¿Al señor Germond? No le conozco. (Roquebert entrega la niña á Simón y se pone á escribir.)

ROQ. (A Simón.) Entérate bien (Escribe dictándose.) «Confío á vuestra lealtad un sagrado depósito, que sólo entregaréis á mí mismo ó á la persona que os diga estas palabras: «Ha llegado la hora: cumplid vuestro deber.» (Encierra en un pliego varios papeles, escribe el sobre, se levanta y dice:) ¡Capitán! (Al Ayudante que se presenta.) Entregad este pliego al correo de Francia que va á partir para el cuartel general. (El Ayudante se dirige al bastidor, entrega el pliego y vuelve á su tiempo.)

SIMÓN (Para sí.) No se me olvidará.

ROQ. Ahora estoy más tranquilo. Puedo esperar, y si el cielo decide que no vuelva á mi patria... (Se oyen lejanos disparos de fusil.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

SIMÓN ¡Demonio! Se me figura...

AYUD. Mi general, un destacamento enemigo ha roto el fuego contra nuestras avanzadas. (Un Oficial se coloca al frente de los soldados, que echan armas al hombro.)

SIMÓN (Tomando su fusil.) ¡Mi fusil! (Varios soldados levantan y retiran las tiendas.)

ROQ. Simón, hoy no te bates.

SIMÓN ¡Que no me bato!... (Aparte y reprimiéndose.) ¡Voto á bríos!

ROQ. Dispón lo necesario para partir inmediatamente con Catalina y la niña. No te detengas. (Vase Catalina.)

SIMÓN (Aparte.) ¡Huir como una liebre!

ROQ. (Aparte.) Nos batiremos en retirada; pero antes... (Alto.) ¡Adiós, Simón! (Besando á Isabel.) ¡Adiós, hija mía! ¡Que el cielo te proteja! (Música que dura hasta el final. Se oye una descarga algo más próxima, y dice al Ayudante.) Vamos. (Vase con el Ayudante, oficiales y soldados.)

ESCENA XV

ISABEL, SIMÓN y después CATALINA

SIMÓN (Siguiéndolos con la vista.) ¿Habrá suerte más perra? ¡Tener que volver las espaldas cuando empieza el jaleo!... Y si pudiera tomar la revancha otro día... ¡Voto al infierno! (Pausa.) Pues, señor, ya que mi consigna es viajar, preparemos el equipaje. (Se pone el morral, toma el fusil y vuelve para coger de la mano á Isabel. En el momento de ponerse en marcha se oyen disparos mucho más próximos en otra dirección, y se detiene.) ¡Diantre! ¡Hacen fuego de flanco!

ISAB (Asustada.) ¿Qué es eso, papá?

SIMÓN ¿Eso?... Nada... Cohetes. (Aparte.) ¿Nos irán á envolver?

ISAB. (Tapándose los oídos.) ¡Ay! ¡Ay!

SIMÓN ¡Dios mío! ¡La bala ha pasado junto á su cabeza! (Alto y haciendo lo que dice el diálogo.) ¡Pronto, pronto, á este lado; pero, no, no; en mis brazos! ¡Es preciso correr! ¡Yo correr!... ¿Y por dónde?.. ¿Por allí?... Ya no sé dónde estoy... ¡Por aquí... por aquí!... (Encontrando á Catalina.) ¡Ah!

CAT (Entrando.) ¡Simón!

SIMÓN (Entregándole la niña.) Toma, huye. Aún puedes salvarla.

CAT ¿Esta niña?...

SIMÓN Nada tiene que ver conmigo; pero he jurado que para todo el mundo será Genoveva, será nuestra hija; y en nombre del cielo te mando que nunca reveles á nadie la verdad.

CAT. Confía en mí.

SIMÓN Atravesando ese bosquecillo, ganarás en pocos momentos el pueblo de Ulma.

CAT ¿Y tú? (Tomando en brazos la niña.)

SIMÓN ¿Yo? Me quedo para proteger vuestra fuga.

CAT ¿Solo?

SIMÓN Con mi fusil. Pronto os alcanzaré.

CAT ¡Dios mío!

SIMÓN Vamos, corre. (Con imperio, señalándole el bosque. Vase Catalina con Isabel.)

ESCENA XVI

SIMON. Desde este momento ya no cesa el ruido del combate, que se irá acercando cada vez más hasta la terminación del prólogo, sin otras interrupciones que las necesarias de cuando en cuando para que se oiga bien el diálogo

(Observando.) No hay duda, quieren cortarnos la retirada. (Pausa.) ¿Qué veo? ¿Cejan nuestros soldados?... ¡No, no: vuelven á defender esta posición! ¡Bien pensado! (Cargando su fusil.) ¡Se detienen!... ¡Se arremolinan!... ¡Voto va! Algunos se dirigen aquí... ¡Bah! Un herido... un jefe... ¡Jesucristo! (Dejando caer el fusil.)

ESCENA XVII

DICHOS, ROQUEBERT sostenido por dos OFICIALES, el AYUDANTE, SOLDADOS

SIMÓN (Arrojándose á los pies de Roquebert.) ¡Mi general!

ROQ. ¡Simón!... ¿Aquí todavía?... Tu brazo. (A los Oficiales.) Dejadme.

AYUD. Permitid...

ROQ. ¿Para qué? Ya todo es inútil... No me robéis los pocos instantes que me quedan de vida.

SIMÓN ¡Ah! (Los Oficiales colocan sobre una peña á Roquebert, que queda sentado y sostenido por Simón.)

ROQ. (A los Oficiales, que se retiran con repugnancia, deteniéndose á una corta distancia.) Seguid la retirada... Quiero morir aquí... (Aparte.) Aquí, donde las he visto por última vez... (Asaltado de otro pensamiento.) ¡Simón!

SIMÓN ¡Mi general!

ROQ. ¿Y mi hija?

SIMÓN Está en salvo.

ROQ. Cuando llegues á San Lorenzo... dirás al notario...

SIMÓN Ya lo sé.

ROQ. No lo olvides.

SIMÓN No, no.

ROQ. Le dirás: «Ha llegado la hora: cumplid vuestro deber.»

SIMÓN Sí, sí; descuidad.

ROQ. ¡Adiós, Simón... Sofía!... ¡Isabel!... ¡Ah!... (Muere, dejando caer su cabeza sobre el hombro de Simón, que le sostiene con una rodilla en tierra.)

SIMÓN ¡Dios mío! (Continúa siempre en la misma posición.) ¡Defendamos su cuerpo!... (Varios soldados llegan precipitadamente. Todos forman cuadro alrededor del general, defendiendo su cuerpo. Aparecen los austriacos. Lucha. Cae el telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Plaza en la aldea de San Lorenzo. A la izquierda, en primer término, una casa de pobre aspecto, donde viven los hijos de Simón. Enfrente la taberna del pueblo con bancos á la puerta, y sobre esta un toldo ó emparrado. Más allá, en segundo término, se adelanta diagonalmente hacia el foro la fachada principal de una iglesia pequeña, con puerta practicable por medio de escalones que arrancan del plano de la calle y de un cancel colocado por la parte interior. Al lado opuesto el arrabal separado de la iglesia por una calle ancha, á través de la cual se descubre el campo y una vereda que sube hacia la derecha, perdiéndose entre los árboles del último término. Principia á amanecer.

Música

ESCENA PRIMERA

PICARD, sentado con abatimiento en uno de los bancos de la taberna; algunas aldeanas cruzan la escena con cántaros, y desaparecen por distintas direcciones. SILVESTRE viene por la parte del arrabal

SILV. Buenos días, señor Picard.

PICARD (Contestando maquinalmente.) Dios te guarde, Silvestre.

SILV. Mucho se madruga para ser día de fiesta. (Pausa.) ¿Estais de mal humor.

PICARD ¿Yo?... No.

SILV. ¡Que no, y teneis una cara!... Yo seré todo lo bruto que se quiere; pero para conocer si una persona está alegre ó mohina... Lo de

siempre, ¿verdad? Alguna travesurilla del chico. Ya se ve, como es tan... así... y luego... vamos, no hay que tomar las cosas á pecho. El se enmendará. Con los años...

PICARD Sí, sí; cuando me haya quitado la vida.

SILV. ¡Vaya unas ideas!

PICARD Ha pasado toda la noche en la taberna, jugando.

SILV. ¡Diantre! Y debe haber perdido, porque cuando me le encontré, no hace mucho, estaba tan ojeroso y tan inquieto...

PICARD ¿Le has visto?

SILV. Rondando á la espalda de nuestros corrales. Pero como yo soy tan bestia, y en la vecindad no faltan mozuelas de buen parecer, se me figuró que andaba de acecho y seguí mi camino como si no le hubiese atisbado.

PICARD ¡Ay, Silvestre! Ese bribón se ha propuesto matarme.

SILV. ¡Caramba! Ya siento haberos hablado del chico. ¡Si soy lo más bestial. . (Abren la puerta de la taberna, y Picard se levanta lentamente.)

PICARD (A Silvestre.) Adiós.

SILV. ¿Os vais sin oir la misa que va á decirse por el alma del cabo Simón?

PICARD (Deteniéndose.) No: la oiré y pediré á Dios por su eterno descanso.

ESCENA II

DICHOS, ALDEANOS de ambos sebos y NIÑOS. Las mujeres, los niños y la mayor parte de los labriegos entran en la iglesia; algunos jóvenes se dirigen á la taberna

SILV. (A los jóvenes que van á la taberna.) Por allí, por allí. (Señalando á la puerta de la iglesia.)

ALD (A Silvestre, apartándole.) ¡Aparta, animal!

PICARD (A los jóvenes, interponiéndose entre ellos y la taberna.) ¿Quién se esconde en la taberna cuando va á decirse una misa por el alma de un valiente que perdió la vida en servicio de su patria? (Los jóvenes retroceden respetuosamente y se dirigen al templo.)

SILV. (A Picard.) ¡Bien dicho! (Para sí, llevándose el dedo índice á la frente.) Lo que es tener... (Alto.) ¿Es posible, señor Picard, que no hayais tropezado alguna vez por esos mundos con el cabo Simón cuando fuísteis soldado?

PICARD Le vi en Alemania un día que fuí con cierta comisión del servicio al puesto en que estaba acampado, y por poco no me cuesta el pellejo. El día de la batalla de Ulma. No lo olvidaré jamás.

SILV. ¡La batalla de Ulma! Calla, pues allí fué, según dicen, donde una granada le llevó la cabeza... de cuyas resultas murió.

PICARD Murió, teniendo unos hijos tan buenos, que serían hoy el consuelo de su vejez; y yo vivo, yo... que..

SILV. ¡Pobres muchachos!... Buen trago llevaron también la noche en que su madre...

PICARD ¡Su madre!... (Recordando.) ¿Una cantinera?

SILV. La misma. Dios la tenga en su gloria.

PICARD ¿Murió aquí?

SILV. Sí, señor. Se vino con la muchacha y enfermó á los tres años. Estaban muy pobres, no tenían criados; y como yo soy tan bestia, quieras que no, me empeñé en que había de servirlos. De modo que me tocó velarla, y no me separé de su lado hasta que momentos antes de expirar me mandó salir de la habitación para hablar á los hijos..: ¡Por vida de!.. ¡Pues no estoy llorando!...

PICARD Entonces, ¿por qué te fuiste á servir á otra parte?

SILV. ¿Por qué, eh?... ¡Si soy lo más bestia!... Me fuí... para ganar salario, para hacer algunos ahorros y... dárselos... Pero, ¡cá!, no me atrevo...

PICARD (Aparte.) ¡Pobre Silvestre!

SILV. Luego... yo había observado que el señor Frochard miraba con buenos ojos á mi señorita y dije: estando en su casa, le hablaré de la niña y puede ser que se case con ella. ¡Otra barbaridad!

PICARD Hombre, no. El señor de Frochard es muy rico.

SILV. ¡Como que heredó todos los bienes de su tío el general Roquebert! Es muy rico, muy rico; pero los ricos no se casan con mujeres pobres. Además, ella no le quiere poco ni mucho, y dice que nunca se separará de su hermano.

PICARD (Mirando á la casa de los hijos de Simón.) Abren la puerta de la casa... Ellos son. (Genoveva y Luciano salen de su casa y marchan lentamente asidos de las manos con dirección á la iglesia; aparece en el atrio de ésta Sofía y una criada; Frochard viene por la parte del arrabal y se coloca cerca de las escaleras.)

ESCENA III

DICHOS, FROCHARD, GENOVEVA, LUCIANO, SOFÍA y la CRIADA

SILV. (A Picard.) ¡Vaya una pareja! (A Genoveva.) ¿Vais á rezar por vuestro padre, señorita Genoveva?

GEN. (A media voz y mirando á Luciano.) ¡Mi padre!

LUC (Bajo á Genoveva y apretando la mano.) ¿No eres mi hermana así para él como para todo el mundo?

GEN. Es verdad.

FROCH. (Adelantándose hacia Genoveva.) Probablemente no encontraréis ya puesto libre en la iglesia, y os ofrezco mi escaño: el asiento de la autoridad.

GEN. (Rehusando.) ¡Gracias!...

LUC Esa misa va á decirse por el alma del cabo Simón, y no habrá nadie que niegue un lugar á los huérfanos que van á pedir á Dios por su padre.

FROCH. Con todo, si Genoveva se dignase aceptar...

LUC La señorita Genoveva rehusa.

FROCH. Sea enhorabuena; pero tened presente que quien rechaza de ese modo las atenciones que se le dispensan, debe estar muy seguro de no necesitar á nadie en la vida.

LUC Cuando necesite, no recurriré á vos.

GEN. (Aparte á Luciano.) (¿Por qué le respondes con esa dureza?)

LUC. (Bajo á Genoveva sin poder reprimirse.) ¡Porque... tengo celos!

GEN. Luciano... Vamos á rezar por nuestro padre. (Entran en la iglesia seguidos de Silvestre y Picard. Sofía, que ha descendido á la plaza, se queda inmóvil contemplando á Genoveva.)

ESCENA IV

SOFÍA, la CRIADA y FROCHARD

SOFÍA (Que ha seguido con la vista á Genoveva.) ¡Qué hermosa joven!

FROCH. (Que también ha seguido con la vista á Luciano.) ¡Pobre y soberbio!... Debes aún más de lo que vale la casa en que vives y me cierras tu puerta... Llamaré á las de tus acreedores.

SOFÍA (A la Criada.) ¡No va con su madre!

CRIADA ¡Tal vez será huérfana!

SOFÍA ¡Es verdad!... ¡Infeliz!... No tanto como yo: ¡yo he perdido á mi hija, y ni tengo el consuelo siquiera de llorar sobre su sepulcro!

CRIADA ¿Sabéis de positivo que haya muerto? ¿No pudiera vivir?

SOFÍA (Animándose.) ¿Tú crees?...

CRIADA Que aun debemos tener esperanza. Si es este, como aseguran, el pueblo del soldado á quien confiásteis la niña, ¡quién sabe si hoy mismo no lograréis adquirir alguna noticia de ella!

SOFÍA Sí, sí. No perdamos el tiempo... (Reparando en Frochard.) ¡Oh... este hombre!... (Dirigiéndose á Frochard.) Caballero, ¿tenéis la bondad de decirme dónde vive el alcalde?

FROCH. ¿Eh?

SOFÍA He llegado ayer noche y á nadie conozco.

FROCH. Yo soy el alcalde. ¿En qué puedo serviros?

SOFÍA Deseo averiguar si existe en esta aldea la familia de un soldado llamado Simón.

FROCH. Ese hombre murió en Alemania hace más de once años.

SOFÍA ¿Pero no ha dejado familia ninguna?

FROCH. Sí, señora, dos hijos.
SOFÍA (Aparte.) (¡Dos hijos!) (Alto) ¿Y viven en el pueblo?
FROCH. (Señalando al primer fondo izquierda.) Ahí enfrente.
SOFÍA ¿Con quién?
FROCH. Ellos solos. No tienen á nadie.
SOFÍA (Aparte.) (¡Ah! Los veré, sin embargo.)
FROCH. (Aparte.) (¿Quién será esta señora?)
SOFÍA Perdonad si he abusado de vuestra atención, caballero...
FROCH. Mi apellido es Frochard, (Señalando hacia el interior del segundo término izquierda.) y aquella casa grande la vuestra...
SOFÍA ¡Gracias! (Aparte.) (¡Frochard! Yo recuerdo este nombre.)
FROCH. Aunque no tengo el honor de conoceros...
SOFÍA ¡Oh!...
FROCH. Ni sé el objeto de vuestra venida, os daré permiso para que podáis visitar mi quinta de Roquebert.
SOFÍA ¡Roquebert!
FROCH. ¿Conocéis por ventura... ese título?
SOFÍA ¿Yo?... No.
FROCH. Es el de un valiente general que no existe. Tropezó con una bala, y yo tropecé con su inmensa fortuna.
SOFÍA ¿Vos?... ¿Cómo?...
FROCH. Heredándole. Soy su sobrino, su único heredero.
SOFÍA (Aparte.) (¿Su único heredero?... (Despidiéndose.) Adios.
FROCH. Adiós, señora. (Aparte.) (¡Qué curiosa y qué reservada! Yo sabré quién eres.)
SOFÍA (A la Criada.) Vamos. (Ambas se dirigen á la casa de los hijos de Simón.)
FROCH. (Al comprender su objeto.) No os molestéis: ahora están en la iglesia.
SOFÍA Gracias... (Aparte á la Criada.) Volveremos después. (Vanse las dos por la izquierda.)
FROCH. (Para sí.) (¿Qué tendrá que ver con los hijos de Simón?) (Entrase en la iglesia.)

ESCENA V

CORO y órgano dentro. A poco SIMÓN por el fondo; baja con lentitud y trabajo la vereda; al oir el cántico religioso se descubre y se arrodilla delante de la iglesia; después se levanta, mira á todos lados y reconoce su casa

CORO (Dentro.) Consuelo de afligidos,
madre del Redentor.
del huérfano que llora
escucha la oración.

—

VOZ (Dentro.) Mi madre querida,
mi padre amoroso,
dejaron la tierra,
tu voz los llamó.
Concede á mis padres
eterno reposo,
y logren sus hijos
tu santo favor.

—

CORO (Dentro) Consuelo de afligidos, etc.

SIMÓN ¡Ay!... (Da algunos pasos hacia adelante y se detiene.) Las fuerzas me abandonan: he andado tantas leguas para volverlos á ver, y ahora me faltan bríos para dar el último paso que de sus brazos me separa. ¡Pero qué me importan las penalidades que he sufrido durante los once años de mi cautiverio, si con sólo llamar á esa puerta..! (Se acerca á la casa.) ¡Oh.. no me atrevo á llamar! ¿Qué habrá pasado desde entonces ahí?... Nada. ¿Qué ha de haber sucedido? (Aproximándose más á la puerta.) No se oye el más leve rumor. Estarán durmiendo todavía. Esperaré á que se levanten. Si me presento así, de repente, al cabo de once años, cuando es probable que me tengan por muerto...

ESCENA VI

DICHO, SILVESTRE, que sale de la iglesia. Música

SILV. (Reparando en Simón.) ¡Calle! ¿Qué busca ese viejo á la puerta de mis señoritos? Alguna limosna. ¡Cómo tiembla y qué pálido está! (Acercándose á Simón.) ¡Hola!... ¿Qué se ofrece, buen hombre?

SIMÓN ¿Sois vos de la casa?

SILV. Como si lo fuera. Pues no es nada lo que me interesan á mí las personas...

SIMÓN ¿Y no es aquí donde vive la familia de un... de un soldado?...

SILV. Justo; del cabo Simón, que murió en la batalla de Ulma.

SIMÓN ¡Murió!

SILV ¡Era un valiente!

SIMÓN (Con orgullo.) ¿Sí, eh?

SILV. ¡Oh! Todos respetan su memoria en el pueblo.

SIMÓN ¿De veras?

SILV. ¡Vaya!

SIMÓN ¿Y se acuerdan alguna vez de él los que viven aquí? (Señalando la casa.)

SILV. ¿Alguna vez?... No, señor.

SIMÓN ¡Ah!

SILV. Lo que pasa es que no le olvidan un solo momento.

SIMÓN (Con alegría.) ¿Es posible?

SILV. Y le lloran todos los días.

SIMÓN ¿También?

SILV. ¡Toma! ¿Qué han de hacer sino llorar los pobres muchachos, habiendo quedado sin amparo en la tierra?

SIMÓN ¿No vive su madre?

SILV. Cá, no señor. La señora Catalina murió á los tres años de volver de Alemania.

SIMÓN ¡Dios mío!

SILV. (Para sí.) (¡Y se aflige!) (Alto.) ¿Os ponéis malo?

SIMÓN (Procurando ocultar su dolor.) ¿Yo?... No... el cansancio...

SILV. ¿Queréis tomar alguna cosa?

SIMÓN Gracias. Quiero... ¿Pero ellos están ahí, no es verdad?

SILV. Están en la iglesia rezando por el alma de su padre. Como hoy es el aniversario de la muerte del cabo Simón...

SIMÓN ¿Hoy? (Para sí.) (Es verdad: el ocho de Octubre...)

SILV. Aunque andan bastante escasillos de... (Explicando con la acción la palabra.) pues: le han mandado decir una misa como todos los años.

SIMÓN ¡Una misa! (Para sí, quitándose el sombrero, que deja caer al suelo, y levantando las manos al cielo.) (Una misa por el pobre soldado... ¡Ah! Hijo de mi alma, Dios te pague el amor que te debo: sólo tu cariño puede consolar mi quebranto.) (Queda profundamente abismado.)

SILV. (Para sí.) (¿Qué le da? Me parece que llora... Vamos, ¿será tan bestia como yo cuando así se apura por lo que no le va ni le viene?)

ESCENA VII

DICHOS y FROCHARD, que sale de la iglesia

FROCH. (Aproximándose á Silvestre.) Silvestre, toma la llave, vé á casa y tráeme el dinero de las limosnas. (Le da una llave.)

SILV. A propósito de limosnas: si queréis hacer una obra de caridad...

FROCH. (Sin oirle.) Anda pronto.

SILV. Bien; pero...

FROCH. No tardes.

SILV. Corriente. (Vase por el segundo término izquierda, y Frochard queda ocupando próximamente su puesto en escena, pero sin reparar en Simón.)

FROCH. (Para sí.) (¡Ni una vez me ha mirado!)

SIMÓN (Para sí.) (¡Viven en la miseria, cuando con una sola palabra mía!... Pero ya estoy aquí, y hoy mismo...) (Volviéndose vivamente hacia Fro-

chard, y le dice creyendo que habla con Silvestre.) ¿Conque conocéis á los hijos del cabo Simón y tanto os interesais por su suerte?

FROCH. ¿Eh?

SIMÓN ¡Decid...! (Queda cortado conociendo su error.)

FROCH ¿Quién sois para importunar con preguntas al único que tiene aquí el derecho de interrogar á los demás?

SIMÓN Perdonadme.

FROCH. (Para sí.) (¡Pareceun mendigo!) (Alto.) Pronto. ¿Quién sois? ¿de dónde venís? ¿dónde vais?

SIMÓN Yo...

FROCH Estáis delante del alcalde de San Lorenzo.

SIMÓN Pues bien, señor alcalde: soy un pobre soldado hijo de este pueblo, vengo de lejanas tierras y voy á mi casa.

FROCH. ¿A vuestra casa? ¿vuestro nombre?

SIMÓN Antonio Simón.

FROCH. ¡Antonio Simón! No es posible; hace más de once años que los boletines del ejército publicaron su muerte.

SIMÓN Fué un engaño de los muchos que han tenido lugar durante la guerra. Yo caí prisionero en la batalla de Ulma, intenté fugarme, fuí detenido, herí á dos enemigos y me encerraron en una fortaleza.

FROCH. (Aparte.) (¿Diablo? La presencia de este hombre puede contrariar mis proyectos. Genoveva va á tener el amparo de un padre...) (Alto.) ¿Conque fué un engaño? ¿Quién había de imaginar?... Os doy la enhorabuena, cabo Simón: sobre todo, si en vez de una boca más que alimentar, traeis á vuestros hijos algunos ahorros, porque los necesitan bastante.

SIMÓN ¿Algunos ahorros?... Les traigo más que eso: les traigo una inmensa fortuna.

FROCH. ¿Una inmensa fortuna? ¡Ja!... ¡ja!...

SIMÓN ¿Os burlais? No lo extraño.

FROCH. Ya sé que el emperador enriquecía á sus generales, pero no tengo noticia de que hiciese otro tanto con los cabos de escuadra.

SIMÓN ¿Y si se tratase de la fortuna de un general?

FROCH. ¿De un general?

SIMÓN. Precisamente.

FROCH. ¿Cómo?

SIMÓN. Sabed, por si acaso necesito del auxilio de vuestra autoridad, que todos los bienes del general Roquebert pertenecen á Genoveva, á mi hija adoptiva.

FROCH. (Aparte con espanto.) (¡Roquebert!... ¿Qué dice este hombre?) (Alto.) ¿Estás loco?

SIMÓN. ¡No, señor, no señor; tengo pruebas!

FROCH. ¡Pruebas!

SIMÓN. Anoche pernocté en San Maló, y allí supe que los bienes del general han venido á poder de un sobrino suyo llamado... Frochard. ¿Le conocéis?

FROCH. ¿Yo?... no... es decir... (Aparte.) (¡Maldición!)

SIMÓN. Pero le desposeeremos inmediatamente, porque los papeles se hallan archivados aquí, en este pueblo, y no tengo más que decir al notario ciertas palabras con él convenidas, para que entre en posesión de esos bienes la heredera legítima.

FROCH. Conque... sólo con decir... ¿Qué palabras son esas?

SIMÓN. Perdonadme, pero únicamente al notario puedo decirlas.

FROCH. (Aparte.) (¡Oh!

SIMÓN. Ya veis si traigo á mis hijos una boca más que alimentar.

FROCH. (Aparte y con desesperación.) ¡No, no, traes mi ruina, mi muerte!

SIMÓN. (Mirando hacia la iglesia.) Me parece que se acaba la misa. (Se dirige á la iglesia.)

FROCH. (Cogiéndole por un brazo.) Esperad. (Aparte.) (Es preciso ganar tiempo.)

SIMÓN. Voy á ver á mis hijos.

FROCH. ¡Qué locura! Si os presentáis así, de repente, cuando hace tantos años que os lloran por muerto... No, no; es necesario prevenirlos con maña.

SIMÓN. ¿Créeis?

FROCH. Yo me encargo de ello.

SIMÓN. ¡Tenerlos tan cerca y no poder volar á sus brazos!... ¡Paciencia! Esperaré: quien ha es-

perado tanto tiempo... ¿Pero no tardaréis en prepararlos, verdad?

FROCH. En... seguida,.. cuando estén en su casa...

SIMÓN ¿No pudiera verlos entre tanto siquiera: verlos sin que me viesen, sin hablarles una sola palabra? Mirad: desde allí, detrás del cancel de la puerta.

FROCH. Bien, pero que nadie sepa vuestra venida.

SIMÓN Por supuesto.

FROCH. ¿Me lo prometéis?

SIMÓN Yo os lo fío. (Deja el morral sobre una de las mesas que están á la puerta de la taberna.

FROCH. (Aparte.) ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo parar este golpe? (Mira á Simón, el cual se dirige á la iglesia, sube los escalones, se para, y por fin entra dentro.)

SIMÓN ¡Voy á verlos, á verlos después de tantos años! (Música.)

ESCENA VIII

FROCHARD

Viejo maldito, ¿por qué no te mataron de veras? Conque tendré que devolver mi casa, mis prados, mis bosques, mi quinta... ¡todo cuanto poseo, para que nadie me salude ni me respete!... Yo, que abandoné mi patria para hacer fortuna, y no hubiera vuelto á ella jamás sin conseguirlo, ¿voy á encontrarme tan pobre como el día que salí de mi pueblo? No será ¡vive Dios! Aun scy rico, y con el dinero todo se allana. Lo que yo necesito es tiempo, tiempo para pensar y encontrar el remedio. Si yo hubiera podido adivinar... Casado con esa muchacha... nada había que temer, pero ahora... Quizá todavía...

ESCENA IX

DICHO y SILVESTRE

SILV. (Que sale corriendo muy agitado.) ¡Señor! ¡Señor!
FROCH. ¿Qué es eso?
SILV. ¡Ay, Dios mío!...
FROCH. ¿Qué sucede?
SILV. Si no sé cómo deciros...
FROCH. Acaba.
SILV. ¡Nos han robado!
FROCH. ¿Cómo? ¿quién?
SILV. ¡Un ladrón!
FROCH. ¡Si no te explicas!
SILV. ¡Nos han robado el dinero de las limosnas!
FROCH. ¿El fondo de los pobres?
SILV. Sí, señor; las seiscientas veintisiete libras que teníamos en casa y que me mandásteis traer. Me he encontrado con la caja abierta y vacía... yo no sé cómo ha sido... Yo no tengo la culpa... Soy muy bestia, muy bestia, pero honrado, en buen hora lo diga, incapaz de...
FROCH. ¿Quién ha dicho que tú...?
SILV. Como á mí me entregásteis la llave...
FROCH. Basta, es el primer robo que se hace en las casas del pueblo.
SILV. ¿Pero quién habrá sido?
FROCH. Verdad que no faltan vagamundos por los alrededores.
SILV. Eso sí.
FROCH. (Aparte.) ¡Oh! Si yo lograse que recayesen en él las sospechas...
SILV. De algún tiempo á esta parte...
FROCH. Ahora poco, cuando vine en tu busca, se acercó á mí un mendigo, ya viejo; que supone haber sido soldado... y que no me dió buena espina.
SILV. ¿Cómo, sospechais de ese viejo?
FROCH. Sus trazas...
SILV. Pondría las manos en el fuego por él.
FROCH. (Con sobresalto.) ¿Le conocéis acaso?

SILV. No, señor; pero estoy seguro de que es inocente.

FROCH. (Con ira.) ¿Por qué?

SILV. Porque ese pobre hombre ha llegado al pueblo cuando empezó la misa, y el robo se ha debido hacer esta noche.

FROCH. ¿Qué sabes tú?

SILV. Yo soy muy bestia y no sé nada; pero he visto que ayer noche llovió, que esta mañana estaban ya secas las calles y que en las esteras del cuarto se conocen las pisadas del que ha entrado á llevarse el dinero.

FROCH. Eso no prueba...

SILV. Además, el ladrón debe ser alguna persona de las que frecuentan la casa.

FROCH. ¿Por qué?

SILV. Porque sabe que la llave del corral se pone debajo de la puerta para que pueda abrir el pastor cuando trae la leche, y porque el perro le ha dejado entrar y salir sin decir esta boca es mía.

FROCH. (Con viveza.) Bien está. Yo averiguaré...

SILV. Después de todo, quizá no sea lo que yo me figuro... ¡como soy tan amimal!

FROCH. Eso sí. Vé á buscar á los gendarmes.

SILV. Voy corriendo, señor. (Vase.)

ESCENA X

PICARD y FROCHARD

FROCH. (Para sí.) Reniego de ti y de tus observaciones. Pero no importa: mientras se averigua la verdad... (Aparte viendo á Picard, que se adelanta trémulo, con la cabeza baja y el sombrero en la mano.) ¡Oh! cuando más necesito estar solo... (Alto á Picard.) ¿Qué ocurre?

PICARD (Con voz turbada.) Vengo á deciros... que se ha cometido un robo en vuestra casa.

FROCH. Lo sé.

PICARD Pero ignoráis quién ha sido el ladrón.

FROCH. Tengo alguna sospecha...

PICARD ¡Oh! ¿de quién?

FROCH. De cierto forastero... Un bergante...

PICARD Estáis equivocado. Leed. (Entregándole una carta.)

FROCH. (Leyendo.) «He robado á los pobres seiscientas veintisiete libras, las he perdido al juego, y voy á trabajar para restituirlas. No me maldigais, padre mío...» (A Picard.) Vuestro hijo.

PICARD (Con la mayor amargura.) ¡Mi hijo!

FROCH. ¿Y sois vos, su padre, quien lo delata, quien me enseña este escrito?

PICARD No es justo que padezca ningún otro por él. Además, vengo á devolveros la suma robada y á pediros, en nombre del cielo, que no denuncieis ese crimen. Tomad. (Le da un talego lleno de monedas.)

FROCH. (Después de examinarlo.) No puedo serviros. Aquí hay algunas monedas de oro que no han pertenecido nunca al caudal de los pobres. Este es el fruto de vuestras economías.

PICARD ¿Qué importa si la suma es la misma?

FROCH. No soy yo la única persona que tiene noticia del robo: son varias.

PICARD Por piedad, no deshonréis mi nombre; suspended todo procedimiento... Yo voy á buscar á mi hijo, y le traeré si es preciso arrastrando, para que le impongáis el castigo que os parezca.

FROCH. (Movido por un nuevo pensamiento.) ¿Me prometéis salir inmediatamente en su busca?

PICARD Lo juro.

FROCH. Pues bien: yo os prometo salvarle... como mejor pueda, y dejar á salvo vuestro nombre; pero es preciso que os marchéis al momento, y que no volváis con él mientras yo no os avise.

PICARD Lo haré.

FROCH. (Señalándole el camino.) Partid ahora mismo.

PICARD ¡Oh! Gracias. Os debo la vida. (Vase por el fondo.)

ESCENA XI

FROCHARD solo, siguiéndole con la vista

¡Se fué! Ya me he descartado de uno... Pero el otro... (Mirando alrededor y reparando en el morral de Simón.) Estoy solo... Nadie puede verme... (Aproximándose á la mesa y volviendo la vista atrás) Este es su morral... Poniéndole dentro las seiscientas veintisiete libras... sí, sí. (Lo hace.) ¿Qué papeles son éstos? Veamos. (Separándose y volviendo al centro de la escena con un papel que saca del morral.) Su pasaporte. ¡Bravo! (Rompiendo el papel y volviendo hacia la iglesia.) Antonio Simón, hace once años que los boletines del ejército te dieron por muerto, y ya no eres más que un mendigo. (Guarda los pedazos de papel en el bolsillo.—Música hasta el final.)

ESCENA XII

SIMÓN, ALDEANOS, FROCHARD; luego GENOVEVA

SIMÓN (Que sale de los primeros y dice á Frochard.) ¡Los he visto!... Ya vienen; ahí están, caballero. (Luciano y Genoveva salen de la iglesia: algunos Aldeanos se van por distintas direcciones, otros se sientan á la puerta de la taberna y los más permanecen agrupados en el centro.)

FROCH. ¿Quién?

SIMÓN ¡Mis hijos! ¡Cómo me late el corazón!... ¡Mirad á mi Luciano; es ya un hombre! ¿Y la niña?

LUC (A Genoveva, señalando á Simón.) ¿No ves, Genoveva? Un veterano. (Saludan respetuosamente á Simón y se entran en su casa.)

GEN. Sí, como lo sería nuestro padre.

SIMÓN (Haciendo ademán de seguirlos.) No puedo resistir más.

FROCH. (Interponiéndose y poniéndole la mano en el pecho.) Deteneos.

SIMÓN Bien; pero no tardéis en cumplirme vuestra promesa. Decidle que aún vivo, que voy á venir, que he llegado.

FROCH. (Con calma.) Un momento. (Levantando la voz.) Para dar ese paso necesito estar bien seguro de que sois lo que pretendéis ser.

SIMÓN ¿Lo que pretendo ser?

FROCH. Sí, señor.

SIMÓN Vos sabéis...

FROCH (Interrumpiéndole y con fuerza para llamar la atención.) Yo no sé más que lo que vos me habéis querido decir.

SIMÓN (Alterado.) ¿Dudais de mi palabra? (Los Aldeanos se aproximan lentamente.)

FROCH. Cuando hay tantos vagamundos que se fingen soldados, cuando...

SIMÓN (Con ira.) Caballero. (Reprimiéndose.) Acabad de una vez.

FROCH. Os habéis presentado á mí bajo el nombre de un soldado hijo de este pueblo y como ese soldado pasa oficialmente por muerto hace más de once años, tengo motivo para dudar de vuestras palabras.

SIMÓN (Con calma aparente.) ¿Tenéis más que oponer?

FROCH. Debo añadir que se acaba de cometer un robo en mi casa.

SIMÓN ¿Un robo? (Acercándose friamente á Frochard y cogiéndole por el traje.) Decidme, caballero, ¿por qué me hablais á mí de ese robo?

FROCH. Os lo diré cuando sepa quién sois.

SIMÓN Vais á saberlo, y después... ¡Desgraciado de vos! (Corre hacia donde está el morral, pero se detiene, retrocede y dice á Frochard.) Me habéis interrogado como un juez y os he dicho mi nombre, mi historia, hasta mis esperanzas; pero habéis dudado de mí y tengo derecho para trataros con igual precaución. ¿Cómo os llamais?

FROCH. Frochard.

SIMÓN (Vivamente.) ¡Frochard! ¡El sobrino del general Roquebert! ¡El hombre á quien voy á despojar de sus bienes!... No importa. (Vuelve á donde está la mesa y empieza á registrar el morral.) Comprendo la intención que te guía: medi-

tas algún proyecto infame para que nadie me dé crédito. (Buscando.) Te desprecio... te... (Con afán.) ¿Dóndo están mis papeles?

FROCH. (A los Aldeanos, con ironía.) ¡No encuentra sus papeles!... ¡Es probable que los haya perdido!

SIMÓN ¡Aquí estaban!... (Encuentra el talego.) ¿Dinero? (Lo arroja sobre la mesa.)

FROCH. ¡Calle! Por lo visto no estais falto de dinero como de papeles. (Simón le mira sin comprenderle.) ¿Apostamos á que yo sé mejor que vos mismo la suma que encierra esa bolsa?

SIMÓN (Atontado.) La suma... que...

FROCH. (A los Aldeanos, con autoridad.) Contad vosotros. Ahí debe haber seiscientas veintisiete libras, las mismas que me han robado esta mañana y que pertenecen al caudal de los pobres.

SIMÓN (Fuera de sí.) ¡Miserable! (Se lanza sobre Frochard; varios Aldeanos le cogen y sujetan: nuevas personas acuden al ruido, y Simón exclama procurando desasirse.) ¡Ladrón yo!... ¡Yo!... ¿No lo habéis oído? ¡Dice que le he robado!... ¡Yo!.. (Lanzando un grito y cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Ah! (Cae en los brazos de los que le sujetan como herido de un ataque apoplético. Un Aldeano acerca un banco, donde le colocan.)

GEN. (Que sale de la casa y ve á Simón.) ¡Gran Dios! ¿Qué le ha sucedido? (Corre á donde está Simón y ayuda á sostenerle; éste vuelve en sí lentamente, mira á los que le rodean y sus ojos se encuentran con los de Genoveva.) ¿Qué tenéis, pobre anciano? (Música.—Simón intenta responder, pero son vanos sus esfuerzos y su garganta sólo produce sonidos inarticulados. Reconoce que ha perdido la palabra, lanza un grito y se deja caer sobre el banco, llorando.)

FROCH. (En voz baja y al oído de Simón.) Abandonad el pueblo; yo no os quiero prender pero no volvais por aquí, porque entonces... (Simón que le ha escuchado con sorpresa y desprecio.)

LUC (Saliendo de la casa.) ¿Quién mueve este escándalo?

FROCH. (En voz baja.) Este viejo truhán que ha robado el dinero de los pobres.

LUC (Alto.) ¿El dinero de los pobres?

(Simón levanta rápidamente la cabeza, ve á su hijo y un rayo de alegría brilla en sus ojos.)

FROCH. Pero no le quiero prender.

LUC (Mirando á Simón con lástima.) ¡Infeliz! (Simón intenta aproximarse á sus hijos apoyándose en los que tiene cerca de sí.) ¡Un ladrón! (Al oir esta frase Simón quiere justificarse, no puede hablar, se lleva las manos á la boca como para arrancarse las palabras y cae sin sentido.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala baja: en el fondo una puerta y dos grandes rejas que dan á la plaza del pueblo: puertas laterales: en la pared del fondo, encima de la puerta, el retrato de Catalina con traje de cantinera: debajo de una de las rejas, un cofre: á la derecha una mesa de pino, sobre la cual habrá un cuadro de la Virgen: á la izquierda un sillón, sillas, etc.

Música

ESCENA PRIMERA

SILVESTRE y GERMOND

GER Luciano no vuelve y me es imposible aguardar más.

SILV. Si queréis que yo le diga algo de vuestra parte...

GER. Sí, dale este papel.

SILV. Así lo haré, señor Germond.

GER Y dile que siento á par del alma tener que cumplir las órdenes que se me han dado, pero que tal es mi deber.

SILV. ¿Conque la cosa no tiene remedio?

GER. No: hoy mismo se verificará el embargo.

SILV. ¿A cuánto sube la deuda?

GER. A dos mil francos.

SILV. ¡Voto va!

GER. Cuenta con no entregar este papel á nadie más que á Luciano. ¿Entiendes?

SILV. ¡Sí, señor: descuidad! (Vase Germond.)

ESCENA II

SILVESTRE solo

Ya sé que el pobre no quiere que su hermana lo sepa. Maldito lo que me gusta el encargo... pero como soy tán borrico... Ella viene aquí.

ESCENA III

SILVESTRE y GENOVEVA, á poco LUCIANO. Genoveva entra lentamente por la puerta de la derecha con un devocionario abierto en la mano; pasa por delante de Silvestre sin verle y se sienta en el sillón

SILV. Pues, tan pensativa como siempre. ¡Válgate Dios! Las mozas de su edad ríen y bailan que se las pelan, y ella... (Viendo entrar á Luciano por la puerta del foro.) Aquí está el otro. (Muy bajo, haciéndole señas.) Phs, phs.

LUC. (Acercándose á él.) ¿Qué hay?

SILV. (Señalando á Genoveva.) ¡Chito!

GEN. (Volviéndose hacia ellos.) ¿Eh?

LUC Nada, nada.

SILV. (Escondiendo precipitadamente el papel que tiene en la mano.) No, nada, señorita. (Genoveva se pone de nuevo á leer.)

LUC. Dame. (Toma el papel, estrujándolo en la mano, y después lo tira.)

SILV. (Aparte.) ¡Cómo lo estruja! (Alto.) Hasta luego, tengo que hacer. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

LUCIANO y GENOVEVA

LUC Genoveva.
GEN. Luciano.
LUC ¿Qué libro es ese?
GEN. El devocionario de nuestra madre.
LUC ¡Oh! Genoveva, si un día nos quitasen esta casa...
GEN. (Muy alarmada.) ¿Quitárnosla? ¿Quién? ¿Por qué?
LUC. (Conteniéndose.) Es una suposición.
GEN. (Tranquilizándose.) ¡Ah!
LUC. Pero si esto llegase á suceder, es preciso que á toda costa conservemos esta reliquia, que nos recordará las virtudes de nuestros padres. Escucha, Genoveva. (Después de besar el libro.) De muchacho tenía yo muy malos instintos.
GEN. ¿Qué dices?
LUC No lo dudes: era violento, colérico, arrebatado, hasta tal punto que en un día... (Volviéndose hacia el retrato.) ¡Oh! madre de mi alma, perdóname. Un día, habiéndome reñido mi madre, osé amenazarla... y mi mano...
GEN. ¡Oh!
LUC. Al verlo mi padre se lanzó sobre mí, trémulo de coraje. Creí que me iba á matar; pero calmándose de repente, como para darme ejemplo de moderación y templanza, fué á sacar de aquel cofre este mismo devocionario: hizo que mi madre le buscase los mandamientos de la ley de Dios, fijó un dedo en el que nos ordena honrar á nuestros padres, y me puso el libro abierto delante de los ojos. Leí; y acatando las órdenes del cielo y del que me había dado el ser, caí de rodillas á los pies de mi madre con vergüenza y dolor. El entonces me tendió la mano, me levantó, y al margen del precep-

to divino trazó esta cruz (Enseñándosela á Genoveva.) para perpetuar la memoria de mi falta y de mi arrepentimiento. Desde aquel día empecé á corregirme, y en breve logré ser un buen hijo..

GEN. Bendito sea el libro á que debiste tu salvación. (Lo guarda en el cofre.)

LUC. Eso es, guárdalo ahí, donde ella lo guardaba siempre, y permanezca ahí hasta el día que...

GEN. (Volviendo á su lado.) ¿Qué ibas á decir, Luciano? Algo me ocultas.

LUC. Y aun cuando así fuese, ¿para qué estoy yo en el mundo, sino para ahorrarte pesadumbres, para hacerte feliz, para amarte...? (Abrazándola.)

GEN. (Desprendiéndose de sus brazos como avergonzada y mirándole en actitud de súplica.) ¡Luciano!

LUC (Aparte.) ¡Dios mío! ¡qué situación tan angustiosa!

ESCENA V

DICHOS y FROCHARD

FROCH. (Desde el foro.) ¡Solos! Tanto mejor.

LUC (Aparte.) (¡Aquí este hombre!)

GEN. ¡Frochard!

FROCH. Servidor, señorita. Ya veis, Luciano, que no soy rencoroso. Vengo á participaros una cosa que os ha de alegrar.

LUC. ¡Oiga!

FROCH. Y antes hubiera venido, á no haberme dado tanto que hacer ese maldito robo.

GEN. ¿Qué ha sido de aquel infeliz?

FROCH. Le he dejado escapar... Yo soy así. Grito mucho, y al fin no hago nada... Lo mismo que los perros que ladran por todo y no muerden nunca.

GEN. ¿Conque ese hombre?...

FROCH. Debe estar ya lejos de aquí. (Aparte.) (De todos modos, no hay que perder un solo ins-

tante. (Alto.) Volviendo al asunto que me trae á esta casa...

LUC Ignoro qué asunto puede traeros á esta casa; pero sé que vuestra presencia en ella es un ultraje inferido á mi hermana, en quien torpemente habéis osado poner los ojos, y no he de consentir...

FROCH. ¿Conque mi presencia en esta casa es un ultraje?... ¡Ja!... ja!... ¿Qué apostamos á que al punto mudais de opinión y me dais la mano?

LUC ¿A vos?

FROCH. Para ello me bastará decir una sola palabra. Señor Luciano, soy rico, muy rico, el más rico de toda la comarca: ¡vos sois pobre y tenéis deudas por valor de dos mil francos!...

GEN. ¿Qué oigo?

FROCH. Pues bien: yo, Pedro Frochard, sobrino y heredero del general Roquebert, os pido la mano de la señorita Genoveva.

LUC ¿Su mano?

FROCH. (Como contento de sí mismo.) ¿Es este un ultraje? ¿Qué decís?

LUC ¡Su mano! Os la niego, caballero, os la niego.

FROCH. ¡Cómo!

GEN. (Bajo á Luciano.) Luciano, yo no quiero separarme de ti.

FROCH. ¿Habeis dicho?...

LUC. Que os la niego. (Aparte.) ¡Ella de otro! Nunca se me había ocurrido esta idea.

FROCH. (Aparte.) ¿Sabrá que no es su hermano? Yo lo averiguaré.

LUC. (Señalando la puerta.) Ya nada tenéis que hacer aquí.

FROCH. (Poniéndose el sombrero y cambiando de tono.) Perdonad: aún tengo algo que deciros. Ver si son, en efecto, dos mil francos los que debeis. (Repara en el papel que Luciano tiró antes al suelo; lo coge y se lo da.)

LUC Y á vos, ¿qué os importa?

FROCH. He comprado ese crédito. Leed, y vereis que no os engaño.

GEN. ¡Cielos!

LUC (Después de haber recorrido el papel con la vista.) ¡Oh, rabia!

FROCH. La casa que habíais hipotecado para responder del pago de la deuda, va á ser vendida mañana.

GEN. ¡Oh!

FROCH. Y hoy mismo tendréis que salir de ella.

LUC ¡Gozaos en nuestra desdicha!

FROCH. A menos que vos, Genoveva, no consintais en casaros conmigo.

LUC. ¡Casarse ella con vos!... ¡Antes la miseria y el oprobio! ¡Antes la muerte!

FROCH. ¡La muerte! (Observándole atentamente.) ¿Sabéis que vuestra negativa, más que la de un hermano, parece?...

LUC ¿Qué?

FROCH. La de un rival.

LUC ¡Oh!...

GEN. (Con espanto.) ¿Qué decís?

FROCH. (Aparte.) Se aman. (Alto.) Mirad bien lo que hacéis: la gente es á veces muy maliciosa.— Por su felicidad y su honra, os aconsejo que la caseis cuanto antes.

LUC. Salid de aquí; salid al punto.

FROCH. Volveré á saber vuestra última determinación. Hasta luego, mi querido Luciano. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

LUCIANO y GENOVEVA

GEN. ¡Ay, Luciano! Si ese hombre hace pública su sospecha, estamos perdidos.

LUC Tranquilízate.

GEN. Tranquilizarme, cuando nos amenazan dos infortunios tan crueles: por un lado, la vergüenza; la miseria, por otro.

LUC. ¡La miseria! ¿Qué importa la miseria? Vengan en buen hora á despojarnos de todo cuanto poseemos. ¿Qué importa? De alquería en alquería iremos pidiendo trabajo.— Soy joven, robusto y trabajaré por los dos;

pediré limosna si es necesario. Lo que á mí me desespera, es que un hombre te ame y ose pedirme tu mano; lo que no puedo sufrir, son estos celos que me devoran, este amor que me mata.

GEN. Calla, infeliz, calla y recuerda que para el mundo ese amor es un crimen, un crimen horroroso; para el mundo, somos hermanos.

LUC Aun resuenan en mis oídos las palabras de mi pobre madre: «Esta niña no es tu hermana. Tu padre me había mandado no descubrir el secreto; pero en este supremo instante mi conciencia no me permite acultároslo. No sé más. Puede ser que algún día...» La voz espiró en sus labios, nos bendijo y murió.

GEN. Pero, ¿qué esperanza nos queda? Sólo tu padre era depositario de ese secreto, y tu padre tres años antes había dejado de existir.

LUC. No quiero persuadirme de que nuestra desgracia sea irremediable.

GEN. Por hermanos nos hizo pasar tu madre, hermanos somos á los ojos de todo el mundo. Di la verdad, y nadie te creerá: antes la verdad parecerá torpe mentira inventada por nosotros para disculpar el crimen de amarnos, porque yo también te amo á ti, te amo con todo mi corazón...

LUC ¡Oh, Genoveva!

GEN. Mas por esto mismo es fuerza que nos separemos.

LUC ¿Qué dices? ¿Separarnos? ¿Para que ames á otro? ¡Si te perdiese, no lo dudes, me mataría!...

GEN. El amor que te tengo, durará tanto como mi vida.

LUC. ¡Pero, si es preciso que exista alguna prueba de que no eres mi hermana! ¡Debe haberla! ¡Qué tormentos no padecería yo gozoso, qué no haría yo por hallarla! ¡Oh, Dios mío! ilumina mi entendimiento. Dime, ¿qué resolución debo tomar? ¿Qué debo hacer? ¿Ha de durar eternamente este funesto engaño?

GEN. Vuelve en ti. Hora es ya de pensar qué haremos cuando nos hayan echado de esta casa.

LUC. Dices bien: por mí vas á verte sin hogar, condenada á la más espantosa miseria.

GEN. La desgracia lo ha hecho todo, tú no.

LUC. Es preciso buscar algún medio de salvación. Todos mis amigos, cuando he ido á pedirles auxilio, me han vuelto la espalda. Recurriré otra vez al que más favores me deba; me arrojaré á sus plantas, le ofreceré en prenda mi vida.

GEN. Ten confianza en Dios.

LUC. Genoveva, Genoveva mía, perdóname, no me aborrezcas. ¿Qué va á ser de ti?... ¡Esto es horrible! ¡Me desespero! Me vuelvo loco... (Vase precipitadamente por el foro. Música.)

ESCENA VII

GENOVEVA, á poco SOFÍA

GEN. ¡Madre de los desgraciados, ten piedad de nosotros! (Se arrodilla delante de la imagen de la Virgen, y hace como quien reza en voz baja. Pausa, durante la cual tocará la orquesta una pieza análoga á la situación.)

SOFÍA (Presentándose en la puerta del foro después de la pausa.) Aquí es. (Entrando en la habitación.) No hay nadie... (Reparando en Genoveva.) Sí, una joven rezando.

GEN. (Levantándose.) ¡Oh! ¿Quién?...

SOFÍA Perdonad si os molesto.

GEN. De ningún modo, señora. (Ofreciéndole una silla.) Tomad asiento y decidme en qué puedo serviros.

SOFÍA Gracias, hija mía. (Sentándose.) Pero sentáos vos también. (Genoveva va á sentarse á alguna distancia de Sofía.) Aquí, á mi lado. (Genoveva acerca la silla y se sienta cerca de Sofía.) (¡Qué linda es y qué buena parece!)

GEN. (Manifestando desconfianza y recelo.) ¿Qué querrá?

SOFÍA Me han dicho que vuestro padre fué militar.

GEN. Es cierto.

SOFÍA Me han asegurado también que murió combatiendo hace once años.

GEN. También es cierto, por desgracia.

SOFÍA ¿Cómo lo averiguásteis?

GEN. Los boletines del ejército publicaron su muerte.

SOFÍA ¿Y esa noticia, sería exacta? En guerras como las del imperio, se han debido padecer muchas equivocaciones al tratar de inquirir la suerte de los combatientes. Muchos, sin duda, estando solamente prisioneros ó heridos, habrán pasado por muertos; acaso vuestro padre...

GEN. ¡Ah, señora! ¿Qué decís? (Con vivo interés.) ¿Sabéis algo? ¿Tenéis alguna noticia?...

SOFÍA Nada sé: hacía una conjetura que no me parece infundada.

GEN. ¡Ah! También nosotros por espacio de mucho tiempo hemos hecho conjeturas... hemos alimentado esperanzas; pero al fin ha sido forzoso convencerse de la verdad.

SOFÍA ¿Nada habéis vuelto á saber? ¿Ninguna noticia... ningún indicio?

GEN. Ninguno.

SOFÍA (Aparte.) (No me habían engañado.)

GEN. (Aparte.) (¿Cuál será su intención?)

SOFIA ¿Qué personas habéis conocido en esta casa?

GEN. Unicamente á mi madre y mi hermano.

SOFÍA ¿No envió á decir nada vuestro padre á la una y al otro antes de morir?

GEN. Nada.

SOFÍA ¿Se sabe á punto fijo el día de su muerte?

GEN. El 8 de Octubre de 1807.

SOFÍA (Aparte.) (¡Eso es! ¡Desdichada de mí!)

GEN. ¿Os sentís mala? ¿Qué tenéis?

SOFÍA Nada, hija mía, nada. ¡Sabía todo lo que me habéis dicho; pero hay cosas tan difíciles de creer! Y sin embargo, todo está claro como la luz; no es posible dudar. Aquel funesto día fué sorprendido el destacamento que mandaba el general Roquebert; en la lucha

murió el general, murió vuestro padre y con ellos... ¡Murió al golpe de un acero ó de una bala; morir quizá de hambre y de frío en medio de los campos!... ¡Jamás se aparta de mí esta horrorosa idea! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Libradme de una vida que no puedo soportar!

GEN. No os entiendo, señora.

SOFÍA Perdonadme; soy muy desgraciada. Durante once años no he cesado un solo momento de padecer y de llorar.

GEN. ¿Teníais allí algún pariente?

SOFÍA (Sí, eso es; un pariente.) (Alto.) ¡Oh! ¡Roquebert, más feliz has sido tú que yo! (Se deja caer en un sillón y oculta el rostro entre las manos, oyéndose sus sollozos.)

GEN. Pobre señora... me aflige verla así.

SOFÍA (Enjugándose las lágrimas.) ¡Qué miro! ¿Estáis llorando?

GEN. No señora, no, sino que...

SOFÍA ¿Por qué ocultar un sentimiento que te enaltece? Gracias, hija mía, gracias. ¿Qué edad tenéis?

GEN. Diez y siete años.

SOFÍA (Aparte.) (Los mismos que ella tendría ahora.)

GEN. (Aparte.) (¡Con qué atención me mira!)

SOFÍA No sabéis qué profunda simpatía me habéis inspirado. Tenéis una voz tan dulce, un rostro tan lindo, un corazón tan bueno...

SILV. (Apareciendo en la puerta del foro, donde permanece hasta el fin de esta escena.) (Calla, la forastera.)

SOFÍA En breve me ausentaré de este pueblo. ¿No tenéis nada que pedirme? ¡No podría seros útil en algo?

GEN. Me confunde vuestra bondad.

SOFÍA Me permitís que os dé un abrazo.

GEN. (Como cortada.) Señora...

SOFÍA (Abrazándola y besándola.) Adiós, hija mía; nunca me olvidaré de ti.

GEN. Tampoco yo os olvidaré nunca.

SILV. (Aparte.) (¡Digo si se han hecho amigas!)

SOFÍA (Besándola de nuevo.) ¡Adiós!

GEN. ¡Adiós! (Vase Sofía por el foro á tiempo que entra Luciano.)

ESCENA VIII

GENOVEVA, SILVESTRE y LUCIANO

LUC (Tirando el sombrero al entrar y dejándose caer en una silla.) ¡Todo inútil!

GEN. ¡Santos del cielo!

LUC. No hay medio de pagar la deuda.

SILV. ¡Por vida de mi abuela!

LUC (Levantándose.) Necesitamos estar solos.

SILV. Pero es que antes de irme tengo que deciros una cosa.

LUC Habla.

SILV. Veréis. (Música.) Iba yo hace poco á la huerta de mi amo, cuando al llegar á lo alto de la cuesta, veo á ese soldado á quien el señor Frochard acusó de ladrón esta mañana. Estaba sentado en una piedra al borde del camino.

GEN. ¡Pobre hombre!

SILV. ¡Cómo! dije yo para mí. ¿Sabe que los gendarmes le han de echar mano si le encuentran y se está ahí sentado tomando el sol? Eso no es natural.

GEN. Con efecto.

SILV. Me acerco á mi hombre y le pregunto qué hace en aquel sitio. El entonces se vuelve hacia mí, y con los ojos y con las manos, que violentamente se acercaba á la boca, me dice de un modo tan claro que aun otro más bestia que yo le hubiera entendido.—«Ya ves que no puedo responderte... ya ves que no puedo hablar.»

LUC ¿Acaso?

SILV. Y en esto, dos lágrimas tan gordas como avellanas, le rodaban por los carrillos. Yo he visto llorar á mucha gente, y me he reído al verlo. Pues bien, señorita, al ver las lágrimas de ese veterano, no sé qué ha pasado por mí; he sentido oprimírseme el corazón, y he soltado el trapo á llorar como una criatura... (Sollozando.) ¡Digo si soy animal!

Luc ¿Y después, qué pasó?

Silv. Después... Esto sí que va á sorprenderos. Después extendió hacia el pueblo una mano temblorosa y me señaló... ¡Cosa más particular! Me señaló esta casa con ademán como si quisiera decirme: «¡Allí es, allí es!»

Luc No comprendo.

Gen. Ni yo.

Luc. ¡Qué idea! Genoveva.

Gen. (Como animada de la misma esperanza que Luciano.) ¡Habla!

Luc. ¿Habrá conocido á nuestro padre?

Silv. Sí, le respondí; allí viven dos jóvenes muy buenos que os ayudarán á justificaros. En esa piedra no os habéis de quedar. Una de dos: si habéis robado, huid: si sois inocente, seguidme.

Luc
Gen. } ¿Y qué es?

Silv. Me ha seguido.

Gen. (Con alegría.) ¿Oyes, Luciano?

Luc ¿Y dónde está?

Silv. Ahí; en la callejuela inmediata. El pobre estará temblando, no se atreverá á dar un paso hasta saber si le permitís...

Gen. Anda...

Luc. Hazle entrar.

Silv. ¡Corriendo! (Vase Silvestre por la puerta del foro y vuelve en seguida con Simón.)

ESCENA IX

DICHOS y SIMÓN

Simón, al presentarse en la puerta del foro, viendo á Luciano y Genoveva, manifiesta la extraordinaria alegria y vivos afectos que agitan su corazón. Tira su bastón de viaje como para correr á abrazarlos; pero antes de llegar á ellos se detiene; y cambiando la expresión de su rostro, píntase en él más profunda pena: acércase lentamente á Genoveva y le besa la mano muy conmovido: después se dirige á Luciano, al hallarse á su lado, le mira atentamente, y por un instante vuelve á brillar la alegria en su rostro, tras lo cual

dobla la cabeza con abatimiento y dolor; se enjuga las lágrimas que se desprenden de sus ojos, toma una mano á Luciano y después la suelta

SIMÓN (Esta mano... esta mano se ha extendido antes para rechazarme y no me atrevo á tocarla.)

LUC Se os acusaba de haber robado, de haber robado el dinero de los pobres. Pero podíais huir y no lo habéis hecho: luego no sois culpable.

SILV. (Acercando una silla á Simón.) ¡Qué ha de serlo!

SIMÓN (¡Yo robar! ¿yo, soldado, poner esta mano leal en los bienes ajenos? No, no. Aún puedo llevar erguida la cabeza y mirar á todo el mundo cara á cara. ¡Yo robar! ¡Nunca, nunca!) (Dejándose caer en la silla.)

GEN. ¡Ah! sí, os creo. (A Luciano.) Si con efecto hubiera cometido ese crimen, al ser acusado no hubiera sentido la terrible emoción que le privó de la palabra.

SILV. Eso digo yo.

LUC ¿Y volvéis para justificaros, para confundir á los que os acusan?

SIMÓN (No.)

GEN. No, ¿pues entonces para qué habéis vuelto?

SIMÓN (Levantándose, colocándose entre los dos, asiéndoles de la mano y mirándoles con mucha ternura.) (¿Para qué? Para colocarme así entre los dos... para asiros así de las manos... para miraros sin cesar.)

LUC ¿Para mirarnos?

GEN. Luciano, quizá lo que nos hemos figurado salga verdad.

LUC Mi padre era soldado como vos: decidme, ¿le habéis conocido?

SIMÓN (Sí.)

LUC ¡Dios mío!

GEN. ¡Ha conocido á nuestro padre!

LUC ¿Y acaso le vísteis morir?

SIMÓN (No.)

LUC Pero no ignoraréis...

SIMÓN (Como desesperado por no poder darse á entender.) (No, no.)

GEN. ¿Qué queréis darnos á entender?
LUC Mi padre murió...
SIMÓN (¡No!)
GEN. ¡Cómo!
LUC ¡Es este un sueño!
GEN (Sin atreverse á acabar la frase.) Luciano, ha dicho...
LUC. (Lo mismo.) Sí; ha dicho.
SILV. Ha dicho que no.

ESCENA X

DICHOS y FROCHARD

FROCH. (Aparte.) (Aquí está.) (Con rabia.) ¡Ha vuelto!
LUC. ¡Frochar! (Simón, al ver á Frochard, manifiesta un violento furor. Coge precipitadamente una silla, la levanta en alto, y con ella corre á Frochard.)
GEN. } ¡Oh!
FROCH. }
LUC ¡Deteneos! (Genoveva se pone delante de Frochard, éste se queda detrás de Genoveva, Luciano detiene á Simón, colocándose entre él y Genoveva. Simón permanece con la silla levantada mirando á Frochard con tremendo enojo. Silvestre observa atentamente lo que pasa desde un extremo del escenario.—Pausa.—Simón deja caer poco á poco la silla, dirigiendo á Frochard una mirada amenazadora y despreciativa.) ¿Aquí vos otra vez, caballero?
FROCH. Os dije que vendría á saber vuestra última determinación. Vengo además, movido de la compasión que me inspira ese pobre hombre.
SIMÓN (¿Vos compadecerme? (Después de hacer un movimiento de indignación.) ¡Os desprecio!...)
SILV. (Aparte.) (El viejo tiene bríos.)
GEN. Explicaos.
FROCH. (Llevándose aparte á Luciano y Genoveva y hablándoles en voz baja.) Creo que ese desgraciado está loco.
GEN. ¿De veras? (Simón manifiesta impaciencia é interroga con la mirada á Genoveva y á Luciano.)
FROCH. ¿Os habrá dicho?...

GEN. Que ha conocido á nuestro padre.

FROCH. (Aparte.) Esto va malo. Audacia. (Alto.) Dice más: dice que es el mismo Antonio Simón.

LUC ¿Eso dice?

FROCH Y no sé cómo toleráis en esta casa la presencia de un tuno que dice que es vuestro padre, después de haber cometido un robo.

LUC ¡Un robo!

FROCH. Vais á ver. (En voz alta, acercándose á Simón.) ¡Eh! buen hombre, ¿no es verdad que sois Antonio Simón?

SIMÓN (Sí, ese es mi nombre.)

FROCH. Mostradnos una prueba que lo acredite. Algún papel debéis tener... (Simón le mira con rabia y después levanta los ojos al cielo muy abatido.) ¿Qué os decía yo? Ni siquiera puede presentar un papel.

LUC ¿Por qué decís que sois Antonio Simón? Mi padre murió hace tiempo en una batalla. (Música.)

SIMÓN (Falso. Un día, con efecto, fuí herido y se me tuvo por muerto. Mis camaradas pasaron por mi lado, dirigiéndome una mirada compasiva, con la cual me daban el último adiós. Cuando recobré mis sentidos, cuando pude llamarlos, estaban ya lejos. Entonces vinieron los enemigos, me ataron las manos y me llevaron prisionero.)

LUC. ¡Prisionero!

GEN. ¡Continuad!

SILV. (Aparte.) (¡Pobrecillo!)

SIMÓN (Largo tiempo he llorado ausente de mi patria y de mis hijos.—Pero un día sonó para mí la hora de la libertad. Rompí mis cadenas y volví á ver la luz del sol. Al punto emprendí la marcha. ¡Cuán largo y penoso viaje! Muchas veces, sin pan para llevar á la boca, me vi precisado á tender la mano á los que pasaban por el camino... ocultando mi cruz. Pero cuando ví de lejos el techo bajo, en el cual vivían mis hijos... cuando oí las campanas de la iglesia de mi pueblo, mi corazón se extremeció de alegría y mis ojos se inundaron de lágrimas. Iba á veros, iba á

estrecharos en mis brazos, porque yo soy Antonio Simón... yo soy vuestro padre... cuando ese hombre que está ahí, me acusa de ladrón... ¡Maldiga Dios á ese hombre!)

FROCH. (Dominando su turbación.) Ya veis que desvaría. Vuestro padre murió, según consta oficialmente.

LUC (Tristemente.) Lo que dice es verdad.

SIMÓN (Aguardad. (Mira en derredor suyo hasta que ve el retrato de Catalina.) Esta era vuestra madre.)

LUC. Sí, esa era nuestra madre.

FROCH. ¡Bah! alguien se lo habrá dicho.

SIMÓN (Esa era mi mujer.)

GEN. ¿Vuestra mujer?

LUC ¡Genoveva, no sé qué pensar!

SIMÓN (Mi mujer, que hace diecisiete años partió conmigo á la guerra.)

LUC. Eso es.

SIMÓN (Después volvió aquí con Genoveva.)

GEN. Sí: volvió conmigo.

SIMÓN (Mirando con mucha ternura el retrato de su mujer.) (Volvió para morir.)

LUC Todo lo que nos cuenta... esa emoción...

GEN. ¡Luciano, si fuese cierto!...

SILV. (Acercándose á ellos.) Lo que es yo, apostaría una oreja.

FROCH. (Dirigiendo una mirada amenazadora á Silvestre, el cual se vuelve á un extremo del escenario.) ¡Eh! Con razón dice el refrán que un loco hace ciento. Lo que cuenta ese hombre es cosa que todo el mundo...

SILV. (Adelantándose.) Pues á mí me parece...

FROCH. ¿Quieres callar? (Silvestre se va otra vez á un rincón.) Si no tenéis otras pruebas...

LUC. ¡Oh! por favor, dadnos una evidente, una que no deje lugar á duda.

GEN. ¡Sacadnos de esta ansiedad! (Simón manifiesta la desesperación que le causa el que no le crean y no poder darse á entender.)

FROCH. ¿Lo veis? Ya no sabe qué decir.

SIMÓN (Como asaltado de una idea.) (Sí, aún sé qué decir.) (Música que dura hasta que Simón expresa con la acción.) («¡Gracias, Dios mío!»)

LUC ¿Qué?

SILV. (*Aparte.*) (¡Tómate esa!)

SIMÓN (*Acercándose mucho á su hijo*) (Eras muy pequeño... sólo tenías siete años...)

GEN. ¡Dice que solo tenías siete años!

LUC ¿Qué más?

SIMÓN (Haz memoria. . recuerda... recuerda...)

LUC ¿Un recuerdo de mi infancia?

SIMÓN (Eso es; me has entendido.)

LUC (*Como recorriendo la memoria.*) Un recuerdo...

SIMÓN (*Le coge una mano y le acerca al cofre.*) (¡Ah! ven aquí... Abre... abre...)

LUC ¿Que abra?

SIMÓN (Sí.)

LUC. (*Abriendo el cofre.*) Ya está.

SIMÓN (Busca ahí.)

LUC. ¿Y que he de buscar?

SIMÓN (Un libro.)

LUC ¿Un libro? ¿Cuál?

SIMÓN (Un libro de oraciones.)

LUC (*Con gran ansiedad.*) Un devocionario... ¡Oh!... creo comprender...

GEN. ¡Yo también, Luciano!

FROCH. (*Aparte.*) (¿En qué vendrá á parar esto?)

LUC. (*Sacando del cofre el devocionario y enseñándoselo á Simón.*) Aquí está.

SIMÓN (*Quitándoselo de la mano alegremente y con grande alegría.*) (¡Sí, este es!)

LUC. ¿Para qué le queréis?

SIMÓN (*Después de haber hojeado el libro y enseñándoselo abierto á Luciano.*) (Mira aquí, mira.)

LUC. Esta página... esta cruz trazada por mi padre...

SIMÓN (Lee.)

LUC. ¡Son los mandamientos de la ley de Dios, Genoveva! (*Conmovido en extremo.*)

GEN. Entonces...

SIMÓN (Lee.)

LUC. Solo mi padre y nosotros dos sabíamos este secreto. ¡Genoveva!

GEN. ¡Luciano!

SIMÓN (Lee.)

LUC. «El cuarto honrar padre y madre.» (*Dando un grito.*) ¡Oh, sí, no hay duda!

FROCH. (*Aparte.*) (Esto va malo.)

SILV. (Muy alegre y llorando.) ¡Cuando yo decía!

SIMÓN (Abriendo los brazos.) (¡Hijos de mi alma!)

LUC ¡Es él, es nuestro padre!

GEN. (Cayendo á sus pies y besándole la mano izquierda.) ¡Oh! ¡Señor!

LUC. (Arrodillándose también y besándole la mano derecha.) ¡Padre de mi alma!

SIMÓN (Levantando los ojos al cielo.) (¡Gracias, Dios mío.) (Frochard los mira con profundo enojo. Silvestre con íntima alegría, limpiándose las lágrimas con la mano. A Frochard, apretando entre sus brazos á Genoveva y Luciano, y con una risa burlona y despreciativa.) (Vamos... decid ahora que no soy su padre. Os habéis lucido... que sea en horabuena.)

FROCH. Ya veo que me he equivocado, y que sois su padre. Ahora deseo saber si no habrá medio de que nos entendamos.

SIMÓN (¡Yo transigir con vos! ¡Salid, salid al instante!) (Señalándole imperiosamente la puerta del foro.)

LUC. Mi padre quiere que os vayais.

FROCH. Mirad bien lo que hacéis. Tengo vuestra suerte en mis manos, y si no consentís en lo que os he propuesto...

LUC. ¿Sabéis lo que quiere?

SIMÓN (¿Qué?)

LUC. Quiere casarse con Genoveva.

SIMÓN (¿Cómo? ¿Casarse él con Genoveva? (Con furor.) ¿Casaros con Genoveva? (Cambiando de tono y riéndose.) Comprendo vuestra intención. No está mal pensado... Pero ella dice que no... y Luciano que no... y yo que no. (Con energía.) ¡Me hacéis reir!) (Se queda mirando á Frochard con risa burlona.)

FROCH. ¿Preferís la guerra? Pues bien, luchemos. ¡Oh, no me conocéis! ¡Desgraciados de vosotros! (A Silvestre.) ¡Sígueme! (Dirigiéndose hacia el foro.)

SILV. (Amenazándole con el puño.) ¡Por vida! A bruto no me gana á mí nadie, y el día menos pensado...

FROCH. (Volviéndose al llegar á la puerta del foro.) Pronto sabréis de mí. (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

SIMÓN, LUCIANO y GENOVEVA. Simón se sienta en el sillón y atrae hacia sí cariñosamente á Luciano y Genoveva

SIMÓN — (¡Venid aquí, á mi lado, y hablad, hablad.)
LUC. — Sí; ambos tenemos necesidad de hablaros. Ya habéis oído que ese hombre quiere casarse con Genoveva.
SIMÓN — (*A Genoveva.*) (¿Y tú le aborreces, verdad?)
LUC. — Le aborrece.
GEN. — Y amo á otro.
SIMÓN — (¿A otro? ¿A quién? (*Genoveva baja la cabeza. Simón, sorprendido, mira á Luciano, el cual también se turba. Simón, levantándose poco á poco dando señales de asombro y duda, y mirando alternativamente á Luciano y Genoveva.*) ¿Qué significa esto?)
LUC. — (*Comprendiendo la sorpresa y turbación de su padre, y como dándole la explicación que desea.*) Padre, sabemos que no somos hermanos.
SIMÓN — (¡Ah!)
LUC. — Mi madre me lo dijo antes de morir.
SIMÓN — (Pero ese amor... miradme cara á cara.)
LUC. — (¡Oh, padre mío, tranquilos podemos mirar al cielo!)
SIMÓN — (Bien, hijos míos, yo bendigo vuestro amor.)
GEN. — ¡Oh, ventura!
LUC. — ¡Si supiéseis cuánto hemos padecido viéndonos condenados á no ser nunca el uno del otro! Pero hoy al fin se aclarará este misterio. Vos probaréis que Genoveva no es vuestra hija.
GEN. — Decidme, decidme por favor á quién debo la vida.
SIMÓN — (¿Tu padre?... Un valiente soldado.)
GEN. — (*Con gozo.*) ¿Militar como vos?
SIMÓN — (Sí, pero más que yo... mucho más... un general.)
LUC. — ¿Un general?
SIMÓN — (Sí.)
LUC. — ¡Ah! Genoveva, temo perderte.
GEN. — Padre mío, nunca os llamaré de otro modo;

padre mío, decidle lo que le amo y que le amaría siempre aunque fuese hija del mayor príncipe de la tierra.

LUC. (Con efusión.) ¡Genoveva!

SIMÓN (¡Bien, hija mía, bien!)

GEN. Pero continuad.—¿Dónde está mi padre?

SIMÓN (¡Ah!)

GEN. ¿Por qué os afligís? ¿Vive?

SIMÓN (¡No!)

GEN. ¡Ay de mí! ¿Y mi madre? Tiemblo el preguntar por ella. ¿Vive mi madre?

SIMÓN (No lo sé.)

GEN. ¿Decís que no lo sabéis?

SIMÓN (Eso digo.)

GEN. ¡Dios clemente, devolvedme á mi madre!

LUC. La buscaremos hasta hallarla. ¿Sin duda existen pruebas del nacimiento de Genoveva?

SIMÓN (Sí.)

GEN. Y esas pruebas, ¿las tenéis vos?

SIMÓN (No.)

LUC. ¿Pero sabréis dónde están?

SIMÓN (¡Aquí!)

GEN. ¿Aquí?

LUC. ¡En esta casa!

SIMÓN (No, en el pueblo.)

GEN. ¿En el pueblo?

SIMÓN (Sí.)

LUC. ¿Y quién las tiene?

SIMÓN (Un hombre que escribe.)

GEN. (Meditando.) Un hombre que suscribe...

LUC. ¿Un funcionario público?

SIMÓN (Sí.)

LUC. ¿Un abogado?

SIMÓN (No.)

GEN. ¿Un notario?

SIMÓN (Como dando gracias á Genoveva por haberle entendido.) (¡Eso es, eso es!)

LUC. ¿Y el notario os entregará esos papeles cuando se los pidais?

GEN. ¿Sin duda os conoce?

SIMÓN (No.)

LUC. ¿Tendréis para él acaso una carta del padre de Genoveva?

SIMÓN (No.)
GEN. Pero mi padre os daría algún medio de hacer constar mi origen.
SIMÓN (Sí)
LUC. ¿Y ese medio?
SIMÓN (Me lo dijo... lo oí bien... se grabó en mi cabeza y en mi corazón... pero ahora estoy mudo y no puedo... no puedo hablar.) (Llora de desesperación, ocultando el rostro entre las manos.)
GEN. Procurad explicaos.
LUC. Un esfuerzo, padre, un esfuerzo...
SIMÓN (Separándose de ellos y dejándose caer en una silla con desespcración) (¡Imposible! ¡Imposible!)
GEN. ¡Oh! ¡Vana esperanza!
LUC ¡No hay salvación para nosotros!

ESCENA XII

DICHOS y GERMOND

GEN. y LUC. (Al ver entrar á Germond por la puerta del foro.) ¡Oh! (Simón le contempla tranquilo.) ¿Qué quereis?
GER La justicia viene á tomar posesión de esta casa. Me he adelantado para preveniros.
LUC ¡Gracias, señor Germond! (Simón, al oir este nombre, se extremece, y precipitadamente se acerca á Germond, el cual manifiesta la sorpresa que esto le causa.)
GER. ¿Este hombre?...
LUC Es mi padre, caballero.
SIMÓN (¿Quién es? ¿Quién es?)
LUC ¿No lo habeis oído? El señor Germond.
SIMÓN (¿Un hombre que escribe?)
GER. Sí, un notario. (Simón da señales de grande alegría y abraza á Luciano y Genoveva.)
LUC. ¿Es por ventura el señor Germond?
SIMÓN (Sí, sí.)
GEN. ¡Qué fortuna!
SIMÓN (Hablad, hablad á ese hombre.) (Con impaciencia á Genoveva y Luciano.)
GER ¿Qué significa esto?

LUC. Caballero, ¿sois vos la persona á quien un general confió ciertos papeles?

GER. ¿Y por qué me lo preguntais?

SIMÓN (Díselo.)

LUC. Porque mi padre es la persona á quien debeis entregarlos.

GER. Recibí, con efecto, de un general un pliego cerrado, cuyo contenido ignoro, y una carta confidencial en que me ordenaba no abrir el pliego sino en presencia suya, ó bien de la persona que me dijese ciertas palabras.

LUC. Pero ya veis, caballero, que mi padre no puede hablar.

SIMÓN (Sí, no puedo hablar.)

GER. El ministerio que ejerzo es sagrado, y por nada del mundo faltaré á mi deber.

LUC. Considerad que un accidente casual es el motivo de que no se os puedan decir esas palabras.

GER. ¿Y quién me asegura que el general no cambió de resolución después de haber escrito? ¿Quién me asegura que su última voluntad no fué que aquel pliego no llegase á abrirse nunca?

SIMÓN (¡Oh, fatalidad!)

GEN. Vuestra obstinación puede ser causa de grandes males.

SIMÓN (Arrodillándose delante de Germond.) (¡Oh! ¡Piedad¡ ¡Piedad!)

GER. (Conmovido.) Levantaos.

SIMÓN (¡Piedad!)

GER. (Con entereza.) ¡Imposible!

SIMÓN (Levantándose.) (¡Dios mío!)

GER. Pero, ¿por qué os apurais? Lo que vuestra boca no puede decir, vuestra mano podrá escribirlo.

GEN. (Como concibiendo una esperanza.) ¡Ah!

LUC. (Lo mismo.) ¡Padre!

GER (Dándole una pluma que ha tomado de encima de la mesa.) ¡Escribid! ¡Escribid!

SIMÓN (Rompiendo la pluma.) (¡Escribir! ¿No habeis comprendido que no sé escribir? (Tira la pluma y la pisa.) (¡Si no sé! ¡Si no sé!)

ESCENA XIII

DICHOS, un JUEZ, ALGUACILES

GER Es preciso hacer un inventario de todo lo que hay en esta casa.

LUC. Estamos prontos.

GER Guiadnos.

GEN. (Aparte.) ¡Reina de los ángeles! (Vanse todos, menos Simón, por la derecha.)

ESCENA XIV

SIMÓN, á poco SILVESTRE, después SOFÍA, después GENOVEVA, después LUCIANO, GERMOND, ALGUACILES, FROCHARD y GENDARMES

SIMÓN (Va á seguir á su hijo, pero faltándole las fuerzas, se detiene.) (¡Oh! ¡No puedo! ¡Me faltan las fuerzas!)

SILV. (Entrando por el foro con mucha alegria y tirando al aire el sombrero.) ¡Albricias, albricias, señor Simón! Ya no os echarán de esta casa. Traigo dinero para pagar la deuda. (Enseñándole y haciendo sonar un bolsillo con dinero.)

SIMÓN (¿Cómo es eso?)

SILV. Cuando salimos de aquí, el bribón de mi amo se fué á buscar á la justicia, y yo á una señora que llegó ayer al pueblo, y que hace poco estaba aquí abrazando á la señorita Genoveva.—Como soy tan bestia, le he dicho lo que pasaba, le he pedido los cinco mil francos, y ella, sin más ni más, me ha puesto el dinero en la mano... Vos debeis conocerla.

SIMÓN (¿Yo?)

SILV. No podeis figuraros qué aspavientos hizo en cuanto supo que habíais llegado.—«Qué dices? ¿Que ha vuelto el padre de Luciano?» —«Sí, señora, que ha vuelto.»—«¿Pues no

es el padre de ese joven un soldado llamado Antonio Simón?»—«El mismo.»—«¿Y Antonio Simón no ha muerto?»—«Eso decían.» —«¿Conque vive?»—«Como lo oís.»—«¡Oh, Dios mío! ¿Será posible?»—«¡Vaya si lo es!» —«No, no lo creo: me engañas; ese hombre no existe.»—«Venid y le vereis.»—Y á todo esto, unas veces se ponía más amarilla que la cera, y otra más encendida que una amapola... Temblaba de pies á cabeza, sus ojos despedían chispas, apenas podía respirar.— Yo eché á correr, ella me ha seguido corriendo también como una loca, y... miradla, aquí viene. (Simón habrá prestado la más viva atención al relato de Silvestre, dando señales de extrañeza.)

SOFÍA (Sale precipitadamente por el foro, muy conmovida y agitada, y se dirige á Silvestre, sin ver á Simón.) ¿Dónde está ese hombre, dónde esta?

SILV. A vuestro lado.

SOFÍA ¡Oh, sí! ¡El debe ser! (Se vuelve y ve á Simón, quedándose inmóvil, sin atreverse á hablar.—Simón la contempla atentamente, muy sorprendido.)

SILV. ¡Señorita Genoveva, señorita Genoveva! (Vase corriendo por la derecha.)

SIMÓN (¡Hablad!)

SOFÍA (Acercándose á él resueltamente y con gran ansiedad.) ¿Os llamais Antonio Simón?

SIMÓN (Sí.)

SOFÍA ¿Servísteis á las órdenes del general Roquebert?

SIMÓN (Sí.) (Irá animándose por grados y dándose cuenta de lo que sucede.)

SOFÍA ¿Os hallábais á su lado el día 8 de Octubre de 1807?

SIMÓN (Sí.)

SOFÍA ¿Sois vos á quien el general confió?...

SIMÓN (Una niña.)

SOFÍA ¡Sí, una niña! (Llevándose la mano al corazón.) ¡No sé lo que me pasa!

SIMÓN (Y vos, ¿quién sois?)

SOFÍA Miradme...

SIMÓN (Sí, yo os he visto otra vez.)

SOFÍA Soy la dama que os entregó esa niña.

SIMÓN (Reconociéndola y con mucha vehemencia.) (Sí, os conozco, vos fuísteis.)

SOFÍA Y esa niña .. esa niña... (Sin atreverse á preguntar por ella.)

SIMÓN (Acabad.)

SOFÍA ¿Esa niña... vive?

SIMÓN (Sí.)

SOFÍA ¡Vive! ¡Oh, Dios mío, no me quitéis ahora la razón!

GEN. (Presentándose en la puerta de la derecha, y deteniéndose al reparar en Sofía y Simón sumamente agitados y conmovidos.) ¿Qué es esto?

SOFÍA ¿Y dónde está? ¿Acaso en este pueblo?

SIMÓN (Sí.)

SOFÍA ¡Oh! venid conmigo: corramos en su busca.

SIMÓN (Deteneos.)

SOFÍA ¡Detenerme! Ni un solo instante. ¡Hace once años que no la veo! (Cogiéndole de un brazo y queriendo llevarle hacia la puerta del foro.) ¡Seguidme!

GEN. (Aparte.) (¡Qué dice!)

SIMÓN (¡Soltad! ¡está aquí!)

SOFÍA ¡Aquí! Aquí sólo viven vuestros hijos Luciano y Genoveva. (Genoveva manifestará las vivas emociones que la agitan á medida que va comprendiendo que Sofía es su madre.)

SIMÓN (Esa... esa...)

SOFÍA ¡Qué idea! ¿Genoveva no es vuestra hija?

SIMÓN (¡No! no...)

SOFÍA ¿Entonces?...

GEN. (Aparte.) ¡Oh!

SIMÓN (Con extraordinaria satisfacción.) (Es la hija de mi general.)

SOFÍA ¡De vuestro general!... ¡Dios eterno! (Llamándola.) ¡Genoveva! ¡Genoveva! (Da la primera voz hacia la izquierda: la segunda volviéndose hacia la derecha.)

GEN. / SOFÍA ¡Oh! (Viéndose la una á la otra y quedándose inmóviles embargadas por la emoción.)

SIMÓN (Genoveva, abraza á tu madre.) (Colocándose entre ambas.) (Señora, abrazad á vuestra hija.)

GEN. ¡Madre! (Arrojándose la una en los brazos de la otra.)

SOFÍA ¡Hija mía!

LUC. (Apareciendo en la puerta de la izquierda.) ¡Qué oigo!

FROCH. (Apareciendo en la puerta del foro, seguido de gendarmes.) ¡Su madre! (Cuadro.—Sofía y Genoveva abrazadas en el centro del escenario. Simón á la derecha asiendo de una mano á su hijo y señalándole lleno de júbilo el grupo que forman Genoveva y Sofía; Frochard en el foro turbado por lo que acaba de averiguar; los gendarmes fuera de la puerta del foro: en la derecha Silvestre: Genoveva, que tiene en la mano el bolsillo que antes sacó Silvestre: el Juez y los Alguaciles. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

SOFÍA, GENOVEVA y LUCIANO. Sofía y Genoveva aparecen de pie abrazadas: Luciano sentado en una silla ocultando el rostro entre las manos. Momentos de silencio, durante los cuales tocará la orquesta una pieza de compases, que exprese el desaliento y profundo dolor de los personajes que hay en escena. Genova se desprende de los brazos de su madre, se acerca lentamente á Luciano y le pone una mano en el hombro

GEN. ¡Luciano!

LUC. ¡Aparta! déjame llorar.

SOFÍA Volved en vos, y confiad en la justicia del cielo.

LUC. En vano tratáis de consolarme. ¿Qué consuelo puede haber ya para mí? Creo muerto á mi padre: le lloro durante muchos años: quiere el cielo que le vuelva á ver, y al punto un inicuo me le arrebata. ¡Mi padre acusado de ladrón! ¡El, noble veterano, que estima su honor en más que la vida; él, deshonrado á los ojos de todo el mundo; él, sepultado en una cárcel! ¡Oh! ¡no lo dudéis-este golpe le matará!

SOFÍA Quizá pronto se averigüe su inocencia.

LUC. Frochard cuidará de evitarlo. ¿Pero qué hago yo que no corro á buscar á ese hom-

bre, á insultarle, á rasgar en mil pedazos su corazón? (Dirigiéndose al foro.)

GEN. ¡Detente!

SOFÍA ¡Recordad el mandato de vuestro padre!

LUC. ¡Por qué le obedecí! Yo no debí tolerar que le prendiesen; debí asesinar al villano que se atrevía á calumniarle. ¡Oh, culpable obediencia! ¡Dejadme!

GEN. Y si matas á Frochard, ¿qué será de tí?

LUC. ¿Qué me importa?

GEN. ¿Quién defenderá entonces á tu padre? ¿quién le prestará apoyo y consuelo?

SOFÍA Vuestra vida le pertenece. Pensad en salvarle y no en agravar su infortunio.

LUC. ¡Salvarle! ¿Cómo? En nada reparo: sólo vivo para la venganza. Señora, no me detengáis. Genoveva, paso. (Música.)

ESCENA II

DICHOS y SILVESTRE

GEN. ¡Oh!

SOFÍA ¿Llega?

LUC. ¿Has logrado ver á mi padre?

SILV. Sí: he entrado en la cárcel con mi amo.

LUC. ¿Y qué?

GEN. }
SOFÍA } ¡Dí!

SILV. Que está muy sereno... y muy alegre... Vaya... como si tal cosa le hubiese sucedido... (Luchando en vano con su emoción hasta que los sollozos ahogan su voz.)

LUC. Entonces, ¿por qué lloras?

SILV. Toma... lloro... porque... pues... porque como soy tan bruto...

LUC. No: estás mintiendo.

GEN ¡Habla!

SOFÍA Dí la verdad.

SILV. (Sin poder contenerse por más tiempo.) La verdad... Pues bien; la verdad es que el pobre viejo se va á morir de rabia y de pena.

LUC. ¡Padre mío!

SILV. Se le ha abierto una herida, y apenas puede tenerse en pie.

LUC ¡Oh!

GEN. ¡Dios eterno!

SILV. En cuanto me ha visto se ha quitado del pecho esta cruz, y después de besarla me la ha dado para que os la dé á vos. Dándole la cruz á Luciano.)

LUC. (Besando la cruz.) ¡Su cruz! ¡Padre padre de mi alma!

SILV. Si no se le saca pronto de la cárcel, si no se prueba que él no es ladrón, se muere, se muere sin remedio.

LUC ¿Y quereis que yo permanezca aquí en una criminal inacción? ¡Oh, no! ¡No será!

GEN. ¡Oye!

SOFÍA ¿A dónde vais?

LUC. Mi padre gime en un calabozo, víctima de una infame calumnia; mi padre se muere. ¿A dónde voy, me preguntais? ¡A salvarle, si es posible, á costa de mi vida! Si no lo consigo, ¡ay del que ha osado calumniarle! (Sacando una pistola del cajón de la mesa.)

GEN. ¡Oh!

SOFÍA La cólera os ciega.

LUC. Ni una palabra más.

GEN. (Asiéndole fuertemente de un brazo para detenerle.) ¡Por favor!

LUC. (Rechazándola con violencia. Genoveva cae sobre una silla.) ¡Aparta!

GEN. ¡Ah!

SOFÍA ¡Hija!

LUC Padre mío, yo os devolveré el honor, ó lavaré con sangre vuestra deshonra. (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos LUCIANO

GEN. ¡Se va!

SOFÍA ¡Cielos! ¡Haberla hallado para verla padecer así!

GEN. ¡Oh, corramos tras él!

SOFÍA — Sí, es preciso seguirle... (Genoveva va á levantarse y vuelve á caer en la silla.)

GEN. — Vamos.

SOFÍA — Tú no puedes moverte. Yo iré.

GEN. — Corred, corred á evitar un crimen.

SOFÍA — Dios tenga piedad de nosotros. (Vase por el foro.)

GEN. — Corre tú también en su busca.

SILV. — Dejaros sola... en ese estado...

GEN. — ¡Vé, por Dios! ¡Quiere matar á tu amo!

SILV. — Si no fuera más que eso...

GEN. — No te detengas.

SILV. — Por allí va.—¡Señor Luciano... señor Luciano! (Suponiendo que le ve á lo lejos y llamándole. Vase.)

ESCENA IV

GENOVEVA, y á poco FROCHARD

GEN. — Yo tampoco debo quedarme aquí... Ya me siento con fuerzas... (Levantándose.) Corramos. (Dirígese al foro.) ¡Oh! (Encontrándose con Frochard, que se presenta en la puerta del foro.)

FROCH. — No os asusteis.

GEN. — Loado sea Dios. Entrad al momento.

FROCH. — (Aparte.) ¿Qué significa?...

GEN. — (Arrodillándose delante de Frochard.) ¡Miradme á vuestros pies, y si no sois el más cruel de los hombres, apiadaos de mí y salvad á mi padre, salvadle!

FROCH — No deseo otra cosa.

GEN. — (Levantándose.) ¿Qué decís? ¡Será posible! Conoceis vuestra falta, vais á repararla sin duda.

FROCH. — No es culpa mía que vuestro padre aparezca culpado. Todo le condena. Sin embargo, puedo mucho, y por vos estoy dispuesto á salvarle, aunque para ello tenga que faltar á mi deber.

GEN. — Hacedlo y disponed de nuestra vida.

FROCH — No quiero tanto.

GEN. — ¿Qué quereis?

FROCH ¿No lo adivinais?

GEN. Hablad.

FROCH Sed mi esposa, y ese hombre recobrará al punto la libertad.

GEN. ¿Qué os atreveis á proponerme?

FROCH. ¿Quereis ser mi esposa? ¿Sí, ó no?

GEN. (Resueltamente.) No.

FROCH ¿No?

GEN. (Con más fuerza.) No.

FROCH (Dirigiéndose al foro.) Enhorabuena.—Me retiro.

GEN. (Recordando su situación y deteniéndole.) ¡Oh! ¡No salgais!

FROCH Ya sabeis cuál es mi determinación.

GEN. Pero yo no os amo.

FROCH Me amareis cuando me conozcais mejor.

GEN. ¿Y si amase á otro?

FROCH ¿A quién? El amor fraternal ha llenado hasta ahora todo vuestro corazón.

GEN. ¿Y si yo no fuera hermana de Luciano?

FROCH Tendríais que probarlo para poder enlazaros con él.

GEN. (Aparte.) ¡Ay, harto lo sé!

FROCH. Ni Luciano amaría á la mujer que hubiese dejado morir á su padre, pudiendo salvarle.

GEN. Me destrozais el corazón.

FROCH Si ahora, por el infundado odio que me tiene, se opone á nuestro casamiento, después, cuando haya perdido á su padre, os culpará á vos, y sereis un objeto de horror á sus ojos.

GEN. ¡Callad, callad!

FROCH Y, no lo dudeis, ese anciano morirá en breve de dolor, y vos le habreis matado.

GEN. ¡Oh! ¡No hay remedio! Haced de mí lo que querais.

FROCH. Quiero que seais mi esposa.

GEN. ¡Lo seré!

FROCH Enhorabuena. Todo lo tengo dispuesto. Dentro de breves instantes firmaremos el contrato de boda, y se celebrará nuestra unión. Voy á prevenir al notario y al sacerdote.

GEN. ¡Tan pronto!

FROCH. Ahora ó nunca.
GEN. Cuando querais; pero salvad á mi padre.
FROCH. Os juro que recobrará su libertad en cuanto estemos casados.
GEN. No, es preciso que ahora mismo salga de la cárcel.
FROCH. Haré que al punto le conduzcan aquí; pero tened entendido que los gendarmes guardarán esta casa hasta que se haya verificado nuestro casamiento.
GEN. Sois implacable.
FROCH. El amor que os tengo es el que me hace obrar así.
GEN. ¿Vos amor? No aman los hombres como vos.
FROCH. Pronto vuelvo.
GEN. ¡El cielo os perdone!

ESCENA V

GENOVEVA. A poco, SOFÍA

GEN. ¡Desdichada de mí!
SOFÍA. He visto salir de aquí á Frochard. ¿Le has hablado? ¿Qué hay?
GEN. Que voy á ser su esposa.
SOFÍA. ¿Qué dices?
GEN. Sólo con esta condición consiente salvar al padre de Luciano.
SOFÍA. Pero tú no puedes amar á Frochard.—Tú le aborreces.
GEN. Con toda mi alma.
SOFÍA. Y acaso amas á otro.—¿A Luciano tal vez?
GEN. ¡Madre!
SOFÍA. El sacrificio que quieres imponerte es demasiado grande.
GEN. No, yo nunca había de amar á otro más que á Luciano, y Luciano no puede ser mi esposo.
SOFÍA. ¿Por qué?
GEN. Porque ante la ley somos hermanos.
SOFÍA. Dices bien: no existen pruebas de mi enlace ni de tu nacimiento.

GEN. Os engañáis. Existen. Mi padre, antes de morir, se las envió á un notario de este pueblo llamado Germond.

SOFÍA ¿Y aun no las habéis reclamado?

GEN. El señor Germond no entregará esos papeles sino á la persona que le diga ciertas palabras, que únicamente sabe el padre de Luciano; y ved nuestra desgracia, el padre de Luciano está mudo, y acaso en breve dejará de existir.

SOFÍA ¡Qué larga serie de infortunios! Pero ahora comprendo por qué Frochard quiere casarse contigo. ¿Ese hombre no es ahora dueño de las riquezas del general Roquebert?

GEN. Con efecto.

SOFÍA Pues bien esas riquezas te pertenecen.

GEN. ¿A mí?

SOFÍA El general Roquebert fué tu padre.

GEN. ¡Dios mío!

SOFÍA Temeroso Frochard de que las pruebas de tu nacimiento lleguen á aparecer un día, quiere asegurar la posesión de sus bienes uniéndose á ti.

GEN. Tenéis razón, ese es su intento.

SOFÍA ¿Y darás la mano á un miserable como él?

GEN. ¿Qué otro remedio nos queda? ¿Queréis que deje morir á ese noble anciano, que deje cometer un crimen á su hijo? ¿Queréis que estando en mi mano evitarlo, deje consumarse la ruina de mis bienhechores? Para todo el mundo soy la hija del cabo Simón. Su honra es la mía.

SOFÍA Admiro tu noble resolución, pero me espanta al considerar las amarguras que te aguardan.

GEN. Dios premiará mi sacrificio, librándome de la existencia.

SOFÍA Soy tu madre, y no consentiré...

GEN. Madre, y yo he de cumplir con mi obligación.

SOFÍA (Viendo á Frochard.) ¡Oh!

GEN. Ya veis que no es posible retroceder.

ESCENA VI

DICHAS, FROCHARD y SILVESTRE

FROCH. Cuando gustéis.
GEN. ¿Y mi padre?
FROCH. Allí viene. (Música.)
GEN. Que no me vea, que no sepa que voy á ser esposa de este hombre. Seguidme: por aquí hay otra salida.
SOFÍA Advierte...
GEN. No aumentéis mi dolor.
FROCH. ¿Vamos?
GEN. Luciano, te perdí para siempre.
SOFÍA Hija desventurada. (Vase Sofía. Genoveva y Frochard por la puerta de la izquierda del seguudo término.)

ESCENA VII

SILVESTRE, á poco SIMÓN

SILV. Por salvar á su padre se casa con el bribón de mi amo. ¡Pobrecilla! Acaso hubiera sido mejor dar tiempo al señor Luciano para que le... Aquí está el viejo. ¡Chitón! (Simón aparece en la puerta del foro seguido de gendarmes, que se van no bien le dejan dentro de la casa. De cuando en cuando se los verá cruzar por la puerta del foro. Simón estará muy pálido y abatido. Antes de llegar al proscenio se detiene dos ó tres veces para tomar aliento. Luego se sienta en el sillón y hace señas á Silvestre para que se acerque á él.)
SILV. (Aparte.) Me llama. (Alto.) ¿Qué queréis?
SIMÓN (¿Y mis hijos?)
SILV. (Aparte.) Creo que me pregunta por sus hijos. ¿Qué le diré? (Alto.) Queréis saber de vuestros hijos, ¿eh?
SIMÓN (Sí, ¿cómo no están aquí?)
SILV. Han ido á... como hace un día tan hermoso... pues .. han ido á tomar un poco el sol.
SIMÓN (¿Qué dices?)

SILV. No, quiero decir que han ido á... ello es que han ido á alguna parte; pero en seguida volverán.

SIMÓN (Algo me ocultas. ¿Por qué me han dejado salir de la cárcel?)

SILV. ¿Que por qué os han dejado salir de la cárcél?

SIMÓN (Sí.)

SILV. ¡Toma!... Porque ya se sabe que vos no habéis sido el ladrón, porque ya estáis libre.

SIMÓN (Viendo pasar á los gendarmes por la puerta del foro.) (En tonces, ¿por qué me guardan?)

SILV. Esos están ahí... ¿qué sé yo por qué están ahí?... Pero ya veis que cuando os han dejado... (Aparte.) Si da en preguntar, acabaré por hacer una de las mías.

SIMÓN (Levantándose y descubriéndose delante de la Virgen.) (¡Vírgen Santísima, tú que sabes mi inocencia, salva mi honor y confunde á mis enemigos!)

SILV. (Aparte.) ¡Pobre hombre! ¡Lástima da de verle.

SIMÓN (Corre, vé á buscar á mis hijos.)

SILV. Pero si no sé dónde estarán ahora...

SIMÓN (Anda, yo te lo mando, yo te lo suplico.)

SILV. (Aparte.) Vaya, que el viejo tiene un modo de pedir las cosas... (Alto.) Ya voy... ya voy... (Música.)

PICARD Di, Silvestre, ¿es aquel el cabo Simón?

SILV. El mismo.

PICARD ¡Oh, sí, él es!

ESCENA VIII

SIMÓN y PICARD

PICARD ¿Me conoces, Simón?

SIMÓN (No.)

PICARD ¿No te acuerdas de un cazador que el día 8 de Octubre de 1807 llevó órdenes al general Roquebert?

SIMÓN (Sí, ¿eres tú?)

PICARD (Alargándole la mano.) Venga esa mano, camarada.

SIMÓN (No, mi mano no puede tocar la de un hombre de bien. Estoy deshonrado.)

PICARD Se te acusa de haber cometido un robo esta mañana en casa del alcalde Frochard, ¿no es esto?

SIMÓN (Sí.)

PICARD Pero esa es una infame calumnia.

SIMÓN (Con mucha alegría.) (Tú no me crees capaz de haber cometido semejante infamia ¿verdad? (Arrojándose á sus pies.) ¡Oh, gracias, gracias!)

PICARD (Levantándole.) ¿Qué haces? No, nosotros los que hemos envejecido combatiendo y derramando nuestra sangre en los campos de batalla, nosotros no robamos, nosotros no somos ladrones. Alienta, buen Simón, y no temas que tu nombre quede manchado, yo vengo á rehabilitarle.

SIMÓN (¿Tú? ¿De veras?)

PICARD Sí, yo sé quién es el ladrón. Esta mañana salí en su busca, pero á poca distancia del pueblo he sabido lo que pasaba y he vuelto en seguida para delatar al ladrón verdadero.

SIMÓN (Dios te bendiga por el bien que me haces.)

PICARD (Abrazándole.) Aprieta, camarada, aprieta. No sabes qué peso acabo de quitarme del corazón. Hasta más ver.

SIMÓN (Deteniéndole.) (Pero ¿quién es el ladrón?)

PICARD ¿Quién es el ladrón?

SIMÓN (Sí.)

PICARD El ladrón... es mi hijo. (Se enjuga una lágrima y vase.)

SIMÓN (¡Oh!) Clava en él la vista manifestando la admiración que le causa su conducta, y no deja de mirarle hasta que desaparece.)

ESCENA IX

SIMÓN y LUCIANO

LUC. (Entra gritando por el foro pálido y desencajado.) ¡Genoveva! ¡Genoveva!

SIMÓN (¡Hijo! ¡Ven, abrázame!)

LUC. ¡Padre! ¿Vos aquí?

SIMÓN (Soy inocente y todo el mundo va á saberlo.)

LUC (Sin prestar atención á lo que su padre quiere darle á entender.) ¡Conque lo que se dice por el pueblo es verdad!

SIMÓN (¿Qué tienes?... ¿qué te pasa?)

LUC. ¡Oh, no, no puedo creerlo; no quiero creerlo! (Entrase corriendo por la izquierda.) ¡Genoveva! ¡Genoveva!

SIMÓN (Siguiéndole.) (¡Hijo, oye, detente!)

LUC ¡No hay nadie! Cierta es mi desgracia.

SIMÓN (Explícate. Sácame de esta ansiedad.)

LUC. ¿No lo habéis adivinado? Genoveva...

SIMÓN (¿Qué?)

LUC. Va á casarse con Frochard.—Tal vez á estas horas será ya su esposa.

SIMÓN (¡Oh!)

LUC Á ese precio únicamente habrá consentido el inicuo devolveros la libertad.

SIMÓN (Pero es que ya nada tenemos que temer... El hombre que ha venido antes... Yo soy inocente.)

LUC. No os entiendo, padre.

SIMÓN (Dios mío, compasión: que yo pueda hablar. Corre á impedir ese enlace.)

LUC. Sí, y aunque ya se encuentre al pie del altar... (Deteniéndose.) ¿Pero y mi padre?

SIMÓN (¿Por qué te detienes?)

LUC. Ella, que no es vuestra hija, se sacrifica por salvaros, y yo... yo os quiero matar.

SIMÓN (Anda, vuela.)

LUC. ¡Oh, no; no os volverán á encerrar en un calabozo, no os moriréis de vergüenza y dolor! Sed libre, vivid al lado de Genoveva. Ella nunca os abandonará.

SIMÓN (¿Qué dices?)

LUC. ¡Padre, yo no puedo vivir sin Genoveva! (Música que, muy piano, expresa la rapidez, movimientos y afectos de esta situación.)

SIMÓN (¡Hijo!)

LUC. El destino lo quiere.

SIMÓN (Corriendo hacia el foro como para llamar gente.) (Busquemos auxilio.)

LUC. (Deteniéndole cerca de la puerta del fondo.) Por favor, padre; deteneos.

SIMÓN (Mirando hacia fuera y llevándose una mano á la frente.) (¡Oh!)

LUC. (Señalando hacia fuera.) Miradlos. Ahora se dirigen á la iglesia.—Padre, para que vos viváis, es preciso que muera yo.

SIMÓN (Asiéndole fuertemente.) (¡Mátame á mí, hijo, mátame á mí.)

LUC (Forcejeando por desasirse de su padre.) ¡Soltad!

SIMÓN (¡Quieto!)

LUC. ¿Ver á Genoveva en brazos de otro? ¡Imposible!

SIMÓN (Soy tu padre: obedece.)

LUC. Nada respeto.—Soltad. (Desprendiéndose de los brazos de su padre y sacando una pistola.)

SIMÓN (¡Oh!) (Con indecible espanto y quedándose un instante inmóvil, como embargado por el terror.)

LUC. ¡Adiós, padre mío! (Vase corriendo por la puerta de la derecha, que cierra tras sí. Simón se estremece, y agitado de una conmoción terrible, hace un esfuerzo supremo y prorrumpe en gritos desgarradores, arrojándose frenético á la puerta por donde ha salido Luciano.)

SIMÓN ¡Hijo!... ¡hijo! (Golpeando la puerta.) ¡Se va á matar! ¡Socorro! ¡Socorro! (Corriendo hacia la puerta del foro.)

LUC. (Presentándose en la puerta de la derecha lleno de asombro.) ¡Qué oigo!

SIMÓN (Yendo hacia él y quitándole la pistola.) Dame esa pistola: dámela.

LUC. ¿Es sueño? ¿Es ilusión?

SIMÓN ¡Arrepiéntete, desdichado!

LUC. ¿Qué iba yo á hacer?

SIMÓN Ya no te matarás: ¿verdad que ya no te matarás?

LUC. ¡Padre!

SIMÓN (Abrazándole.) ¡Hijo, hijo de mi alma! Corramos á impedir ese enlace.—Mi inocencia está ya probada, y el sacrificio de Genoveva es inútil.

LUC. ¿Inútil?

SIMÓN (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Corramos!

LUC. (Siguiendo á su padre.) Ya será tarde.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, GENOVEVA, FROCHARD, SILVESTRE, SOFÍA y GERMOND

GEN. ¡Dejadme! No sois vos quien salva á mi padre sino Dios.

SILV. Picard ha declarado; su hijo es el ladrón.

FROCH. (Cogiendo á Genoveva de una mano, ciego de cólera, como para volvérsela á llevar.) ¡No importa: venid!

SIMÓN (Interponiéndose y separándolos.) ¡Atrás, miserable!

TODOS (Con sorpresa al oir hablar á Simón y manifestando cada cual los distintos afectos que esto les causa.) ¡Oh!

SIMÓN «Señor notario: Ha llegado la hora; cumplid vuestro deber.»

GER ¿Esas palabras?... Seguidme y os daré lo que me pedís.

SIMÓN Ya no te llamas Genoveva, sino Isabel; ya tienes un nombre ilustre y las riquezas de ese hombre te pertenecen.

FROCH. ¡Estoy perdido!

SILV. ¡Me alegro!

GEN. (Dirigiéndose á Sofía y Simón.) Yo no quiero más que vuestro amor y el de Luciano.

LUC. ¡Genoveva!

SOFÍA ¡Sed felices!

SIMÓN (Cayendo de rodillas y levantando las manos al cielo.) ¡Gracias, Dios mío!

FIN DEL DRAMA

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 2 de Diciembre de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RÍO

Precio: DOS pesetas